

BOLSILIBROS
BRUGUERA

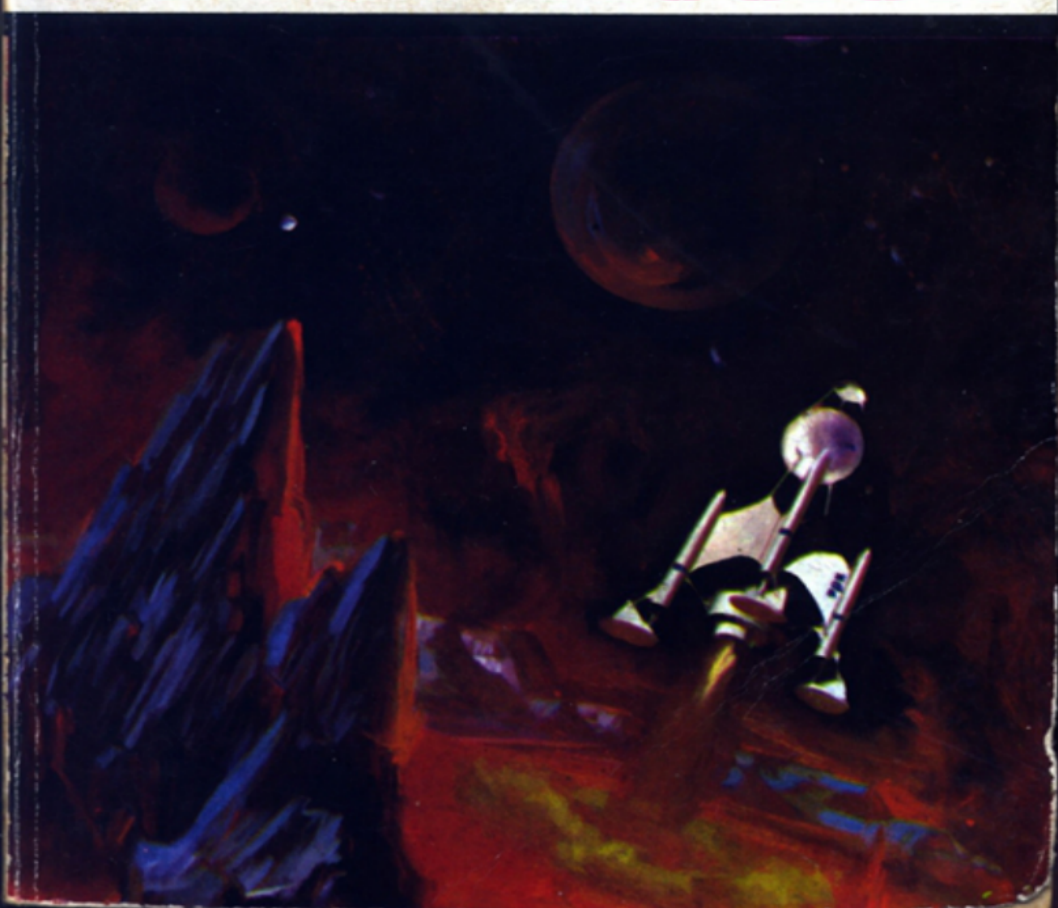
**SORTEO DEL
MILLON**

la conquista
DEL ESPACIO

GAS NEUTRO

marcus sidereo

CIENCIA FICCION



BOLSILIBROS
BRUGUERA

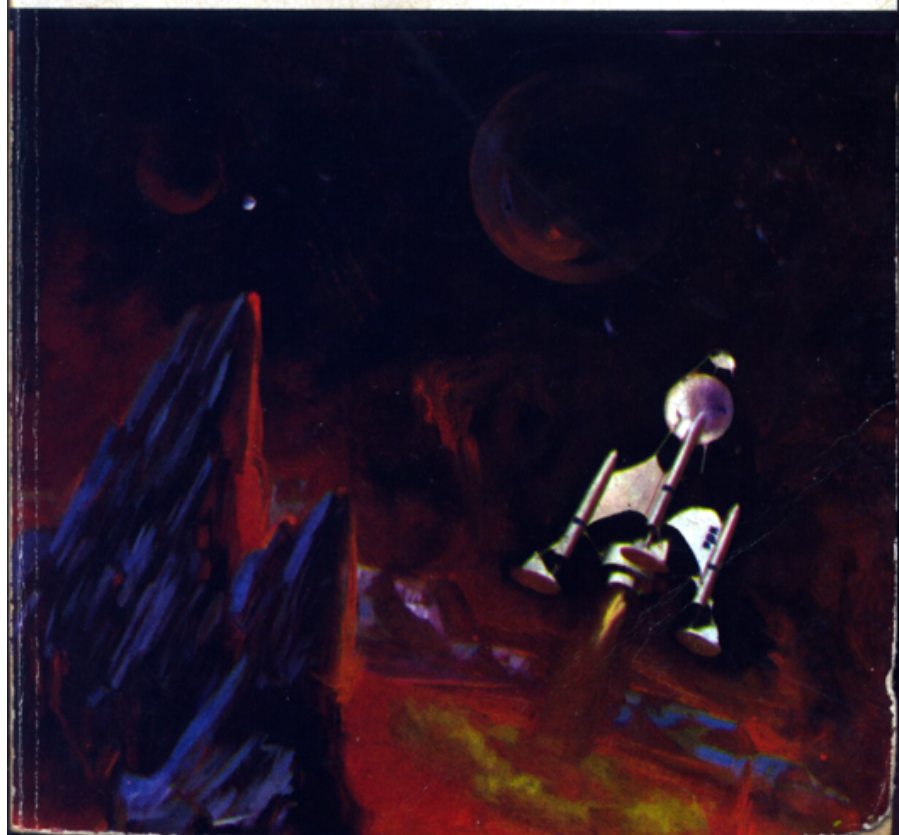
**SORTEO DEL
MILLON**

la conquista
DEL ESPACIO

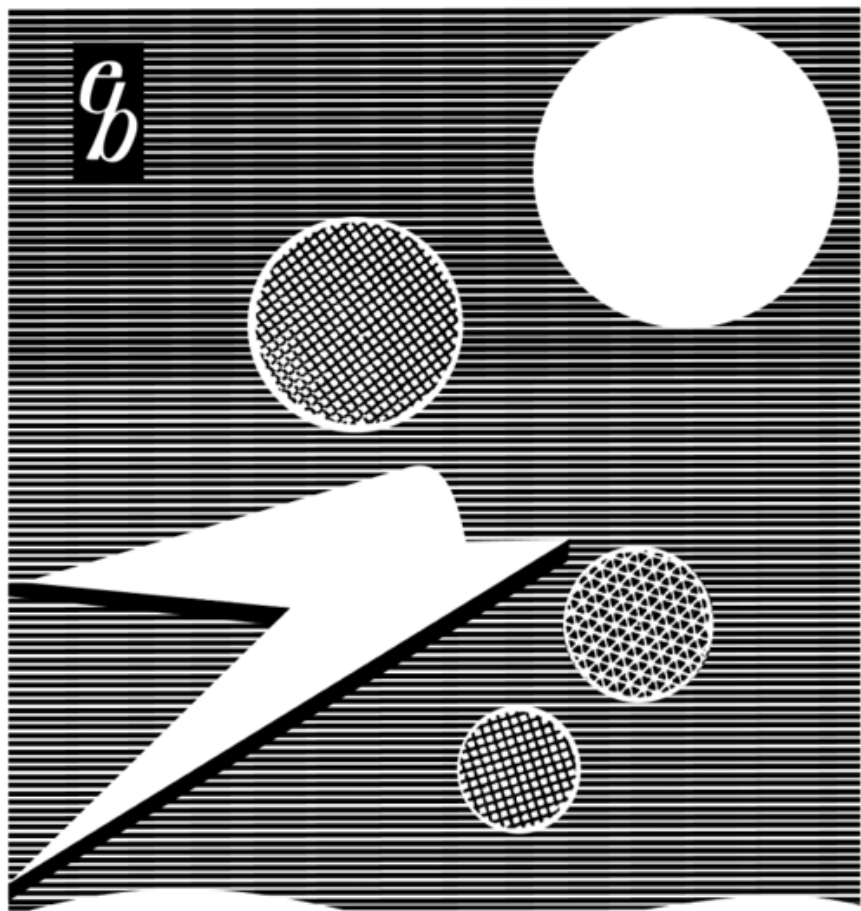
GAS NEUTRO

marcus sidereo

CIENCIA FICCION



cb



LA CONQUISTA DEL ESPACIO

MARCUS SIDEREO

GAS NEUTRO

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 155

Publicación semanal.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito Legal B. 21.213 – 1973

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: julio, 1973

© **Marcus Sidereo** - 1973

texto

© **ALBERTO PUJOLAR** - 1973

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA. S. A.

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y
entidades
privadas que aparecen en esta
novela, así como las
situaciones de la
misma, son fruto
exclusivamente de la
imaginación del autor, por lo
que cualquier
semejanza con personajes, entidades o
hechos pasados o actuales,
será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial
Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 — Barcelona —

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

150.— Monstruos robots. *J. Chandley.*

151.— Saga de dragón. *Curtis Garland.*

152.—Último aviso. *Marcus Sidéreo.*

153.— Terror en el infinito. *J. Chandley.*

154.— El planeta de los hombres perdidos. *A. Thorkent.*

CAPITULO PRIMERO

Un planeta cualquiera en pleno desarrollo

El operador de la base de vigilancia aérea recogía en forma rutinaria los, mensajes que iba recibiendo a través del receptor de distancia.

—Nebulosa Trífide, 3102 años luz. Designaciones M20-NGC 6.514.

El mensaje fue repetido por una voz metálica, y el operador lo anotó en la máquina registradora de datos.

—¿Qué es esto? —preguntó el que iba a reemplazarle.

—Rutina —repuso el operador saliente, cediéndole el sitio.

El receptor emitió por tercera vez:

—Nebulosa Trífide, 3102 años luz. Designaciones M20-NGC 6.514.

—¡Eh! —exclamó el entrante, un joven que rezumaba dinamismo y del que muchos decían que su verdadera vocación no era precisamente la de captar y transmitir mensajes, lo cual era el primero en admitir, y lamentar aquel puesto, que por otra parte era lo más cercano a los viajes de investigación, ya que le mantenían en contacto con las naves que surcaban el espacio y las órdenes de las misiones que iban a llevarse a cabo.

—¿Qué pasa? —inquirió su compañero, dispuesto ya a salir de la cabina de registros.

—Este mensaje no tiene sentido.

—Hay muchas cosas que no tienen sentido. Tú registra lo que llegue y en paz. Es nuestro trabajo.

—Pero se habla de Trífide. Esto está demasiado lejos para nosotros, ¿no?

—¿Y qué?

—Hace un montón de años alguien intentó llegar...

—Mira, Bretch, no te metas a investigar cosas pasadas. Recuerda que no te pagan para...

—¡Oh! —cortó el joven—. Ya salió a relucir tu condenado materialismo. Cobro para esto, te pagan por lo otro. «Yo cumplo y nada más.» No somos máquinas.

—¿Tú crees?

—No somos como otros planetas que han reemplazado a los seres vivientes por máquinas. Podemos pensar, razonar... Ahí está lo bueno.

—Déjate de tonterías. Seres o maquinas, ¿qué más da? Y no estaría nada mal que los robots nos suplieran. En esos sitios que dices, apuesto a que los seres se tiran la gran vida, y aquí hay que trabajar, sin descuidarse. No estamos tan adelantados como pretendemos...

El receptor de distancias emitió una vez más aquel mensaje:

—Trífide, nebulosa. 3102 años luz...

—Esto es muy extraño... ¿Qué querrán decir con estos datos?— insistió Bretch.

—Si lo miras en los registros, seguramente encontrarás que son los datos conocidos de la nebulosa Trífide. ¿Satisfecho?

—Espera. No te vayas... Ahora recuerdo... Hace como unos quinientos años, o cosa así, alguien se perdió en el espacio. Era en los comienzos...

—Humm... —rezongó el otro.

—Espera, espera... Lo he leído.

—Te empollas todo lo que no tienes necesidad de empollar.

—Me gusta. No es culpa mía que el cupo estuviera completo.

—¿Qué cupo?

—El de investigadores del espacio...

—¿Todavía con esas manías?

—Me dijeron que era demasiado joven, que había que dar prioridad a los mayores. Luego, que el cupo estaba completo... Después...

—¡Que no sirves, vaya! —sonrió el otro con ganas de mortificarle.

—¡Eso no es cierto! ¡Pasé las primeras pruebas!

—Bueno. Déjame en paz. Mi turno ha terminado.

—Te decía que alguien se perdió en el espacio.

—¿Y qué?

—Que luego se averiguó que estaba en la órbita de Trífide.

—¿La órbita de Trífide? Eso son tonterías... Debía estar en la ruta... No se pueden captar mensajes a 3102 años luz... ¿No sabes esto, principiante? No me extraña que no te admitieran en investigación.

Y dicho esto, el compañero de Bretch se largó. Lo estaba deseando. Era uno de tantos que hacía su trabajo de forma rutinaria, como un autómatas. Seguía las normas: «Nada de iniciativas». Norma primera: registrar y callar.

Bretch lanzó un bufido:

—¡Bah! Sin iniciativas no habríamos llegado donde hemos llegado —dijo en voz alta.

—¡Atención, atención! —expresó entonces la voz metálica—. Objeto no identificado se dirige a gran velocidad sobre la superficie del planeta. ¡Detecten! ¡Detecten!

Instintivamente Bretch miró a través de la gran cristalera abierta al exterior, sobre la torre metálica.

En aquel momento le pareció absurdo que su trabajo consistiera únicamente en registrar los datos. Si de veras ocurría algo importante, Bretch hubiera preferido hacer algo... de forma más activa.

—¡Atención, atención! —repitió el mensaje.

Todo lo que tenía que hacer era registrarlo y transmitirlo.

Se dispuso a hacerlo.

—Mensaje de las patrullas de vigilancia —transmitió—. Objeto no identificado se dirige a gran velocidad sobre la superficie de...

No tuvo tiempo de terminar su transcripción, porque una enorme explosión hizo temblar el suelo.

Los aparatos de la cabina crujieron. Algunos quedaron desajustados y los taburetes metálicos y mesas no sujetas vibraron ante la onda expansiva de aquel tremendo impacto, que sin embargo, parecía venir de muy lejos.

Hasta el Sol en derredor del cual gravitaba el planeta pareció oscurecer en una fracción de tiempo comparable al abrir y cerrar de ojos.

Bretch pegó un brinco y se colocó junto al ventanal.

En apariencia, en la parte exterior todo seguía igual. Un inmenso desierto de arena por un lado, y un tiempo despejado en la atmósfera.

¿Qué había sucedido, pues?

Comprobó el receptor de distancias. Seguía funcionando. Sin embargo, no detectó ni informó de ninguna explosión.

¿Qué era lo que había ocurrido?

CAPITULOII

El niño jugaba en la playa, correteando por la orilla ante una mar tranquila, apacible.

El agua plateada por la luz brillaba de forma intensa. El día era hermoso.

Sin embargo...

El oleaje sobrevino de forma poco corriente. La bonanza de la mar se truncó repentinamente y las aguas rugieron de forma inesperada.

—¡Cris! ¡Cris! —gritó una voz femenina.

Era la muchacha que cuidaba al niño, y corrió en su busca al darse cuenta de aquel cambio repentino.

En la playa no había nadie más. Era un lugar privado que formaba parte de la residencia del primer mandatario.

La mansión se levantaba medio kilómetro más atrás, rodeada de una vegetación exuberante, propia del lugar privilegiado donde había sido levantada.

El niño se volvió ante la llamada de la mujer, cuando las primeras olas invadían ya la orilla.

—¡De prisa, Cris! ¡De prisa!

El niño se volvió hacia la mar y al observar la montaña de agua que se le venía encima lanzó un grito.

—¡Cris! ¡Cris! —gritaba su guardadora, yendo a su encuentro.

El muchacho echó a correr despavorido playa arriba. Cuando la mujer pudo alcanzarle, la primera ola rompió unos metros más abajo. El agua, menos potente, sólo consiguió mojarles las piernas.

—¡Qué susto me has dado, Cris, qué susto! —exclamó la mujer, abrazando al niño.

—¿Qué ha pasado, Malonda?

Ella era una muchacha joven, esbelta, que en aquellos momentos expresaba el terror por lo desconocido.

Una nueva ola se aproximaba.

—¡Vámonos! ¡Vámonos a casa!

—¿Por qué? —preguntó el chiquillo.

—No sé lo que pasa. Esto no me gusta. No lo sé. No es normal.

—A veces el mar está así...

—Sí, pero... Estas cosas no ocurren de repente.

Se habían retirado más, pero el agua seguía ganando terreno hacia la zona de vegetación, amenazando con inundarlo todo. La arena ya no podía absorber el líquido elemento constantemente renovado.

Llegaron hasta la zona del jardín.

Malonda miró hacia lo alto. Lucía todavía el sol, y el día en apariencia no había cambiado en absoluto.

—¿Quieres que juguemos un poco? —preguntó ella.

—Sí... Al escondite. ¿Quieres?

—Claro que quiero —sonrió ella, y volvió a mirar la mar que seguía extrañamente revuelta.

—Yo me escondo —gritó el chico, y echó a correr hacia unos setos.

Ella le vio desaparecer detrás de la fronda y al cabo de unos instantes exclamó:

—¡Voy a buscarte!

—¡Espera, no vale! —gritó a su vez el chico—. Mira qué hay allí... Ven...

—¿Dónde estás? —preguntó Malonda, aproximándose al lugar donde el muchacho había desaparecido.

El chico no le contestó.

Malonda le llamó de nuevo.

—¿Qué es lo que has encontrado? —inquirió, esperando su respuesta para orientarse con la voz.

Pero como el chico seguía sin contestar insistió:

—¡Vamos, contéstame!

—¡Es una cosa extraña, Malonda! Muy brillante... No sé lo que es.

El niño avanzaba hacia un claro entre los setos. Tenía la mirada fija en algo. «Algo».

—¡Cris! —gritó ella, que seguía sin encontrarle.

—¡Aquí detrás, Malonda! ¡Voy a coger eso!

Los ojos del chico miraban como fascinados por un brillo que se reflejaba en su rostro.

Se agachó mirando la cosa.

De pronto, y por una fracción de segundo todo oscureció. Fue un abrir y cerrar de ojos.

Malonda parpadeó un instante.

¿Qué había sucedido?

Algo había conmovido la tierra, algo como una explosión subterránea de la que sólo fue posible advertir una especie de onda.

Malonda sintió miedo, sin saber por qué.

—¡Cris! —volvió a llamar.

No obtuvo respuesta y su espanto aumentó.

Le buscó por todas partes. Cada vez sus voces eran más fuerte. Se sentía angustiada.

—¡Cris, Cris...! ¡Contéstame, por favor!

Llegó hasta la explanada y allí no vio a nadie, corrió hacia los arbustos y tampoco encontró al chico.

—¡Cris! ¡Vamos, Cris! ¡Me rindo! ¿Dónde estás?

Un extraño presentimiento invadió a la joven, pero en aquellos momentos, ella ignoraba que el pequeño que tenía a su cuidado ya no volvería a contestar jamás..., jamás.

CAPITULOIII

Todo el mundo quería saber a qué se había debido aquella terrible explosión.

El ingeniero jefe acudió a la cabina de recepción de informes y repasó los datos que el joven Bretch había registrado.

—¿Ha hecho alguna comprobación? —le preguntó el ingeniero.

—No, no, señor.

—¿Ha habido algún informe especial?

—No. Al menos desde que empezó mi turno. Todo está anotado.

Tras una comprobación el ingeniero murmuró:

—Los datos de todas las patrullas en vuelo son correctos. No registran ninguna anomalía. ¿Ha conectado con ellos?

—Pues... sí —murmuró Bretch, tras una ligera vacilación.

Sabía que no tenía ninguna obligación de hacerlo, pues su misión consistía en registrar los datos, pero el joven detestaba el trabajo rutinario.

—Entonces... la anomalía no es por esa parte —musitó el ingeniero, como si hablara consigo mismo.

—Si me permite, señor...

—Sí, sí, diga.

—Podría tratarse de algún artefacto.

—Ya he comunicado con todos los depósitos y laboratorios. Todo es normal.

—No me refería a uno de... nuestros artefactos. —¿Qué insinúa, Bretch?

—Bueno... Puede tratarse de alguna nave incontrolada.

—¿Qué demonios está diciendo, Bretch? ¿Una nave incontrolada?

—Es una suposición.

—Es una fantasía. No se ha detectado ningún objeto desconocido.

—Ya lo sé, señor, pero pensaba...

—Cuidado con sus divagaciones, Bretch. Tenemos que informar de lo sucedido sobre una base cierta, lo que usted acaba de decir es una tontería. Tiene que existir una explicación científica... Siga en su puesto, y atégase a lo ordenado. —Ya lo hago, señor... A propósito... ¿Ha visto este mensaje? Lo han repetido varias veces.

—¿Qué mensaje?

Brech pasó unas notas al ingeniero, que leyó:

—Nebulosa Trífide, 3102 años luz... ¿Qué significa esto?

—No sé, señor. Es un informe que ha llegado al tomar mi puesto.

—Debe tratarse de un dato transmitido por alguna nave. No creo que tenga importancia.

Brech se encogió de hombros, mientras el ingeniero desaparecía por la plataforma automática, por la que descendió hasta llegar a nivel del suelo.

A través de uno de los videos comenzó a difundirse la noticia:

—Informes de la residencia particular del primer mandatario, manifiestan de la desaparición del pequeño Cris, el menor de sus hijos. Malonda, la muchacha que estaba a su cuidado, jugaba con el chico en el jardín de la residencia cuando de pronto dejó de verle. Desde hace unas tres horas se le busca activamente por los alrededores, pero hasta el momento no ha sido posible dar con él.

Malonda apareció en el video para responder a unas preguntas.

—Aquí tienen ustedes a la joven que cuidaba del menor de los hijos del primer mandatario.

Apareció Malonda con el rostro visiblemente afectado, su voz era trémula e insegura cuando respondió a las preguntas que se le formularon y que ella contestó de acuerdo con los hechos.

Al concluir el breve reportaje ella insistió:

—Dijo que había encontrado algo... Quería que yo lo viese...

—¿Cómo sonaba su voz, lo recuerda? —la pregunta venía ahora de uno de los oficiales que investigaba la desaparición.

—Normal... Bueno, creo que normal.

—¿No dijo qué cosa era, de qué objeto se trataba lo que encontró? —siguió preguntando el oficial.

—No, no. Pero parecía que le atraía...

—¿Por qué dice que parecía que le atraía?

—Por la forma de decirlo. Sé que no podía estar muy lejos, pero le llamé dos veces y no me contestó.

—Insisto en lo que le pregunté antes, Malonda. ¿La voz del chico era normal? Trate de recordar.

—Sí... En todo caso..., no sé..., podía dar la sensación que se interesaba por algo poco normal.

—Todo esto es bastante extraño. Se han dado varias batidas por el jardín y sus alrededores. No hay desniveles ni agujeros. La única posibilidad es que fuera a la playa. Había mucho oleaje últimamente.

—No. Estoy segura que a la playa no volvió —repuso ella rápidamente.

—¿Por qué puede estar tan segura?

—Porque ya le he dicho que la voz sonaba cerca...

—Vamos a dar una panorámica de la casa. No se mueva de donde está. Indíquenos sólo dónde se encontraba usted, y dónde supone que estaba Cris cuando dejó de oírle.

A través del video, y a vista de pájaro se ofreció una panorámica del emplazamiento de la casa, con los jardines que la rodeaban, hasta llegar a la orilla del mar, que continuaba embravecido, aunque las olas no eran tan altas como al empezar la inesperada marea.

La panorámica se centró en los jardines contiguos a la arena.

—¡Ahí! —dijo la voz de Malonda.

El video fijó el punto donde la muchacha había dicho. Era exactamente donde ella y el chico se habían separado.

—Señale el camino que recorrió el chico —pidió la voz del oficial.

Ella lo hizo a medida que la cámara iba enfocando.

De nuevo Malonda manifestó el lugar donde más o menos se encontraba cuando le oyó por última vez.

—Bien. Ahora indíquenos, a su juicio, dónde se encontraba el chico.

Tras travesar una línea de setos, la cámara se situó justo en la explanada donde Cris avanzó en pos de «algo».

—Ahí —indicó ella de nuevo.

—Gracias. Es lo que suponía —repuso el oficial, y luego añadió—: Usted dijo que llegó rápidamente.

—Sí.

—Entonces es cierto que el chico no tuvo tiempo de llegar a la playa... Si hubiera escapado corriendo usted le habría visto. ¿No es así?

—Así es...

—Por último, Malonda... Insiste usted en que notó una sensación como si el suelo temblara, ¿no?

—Como una explosión interna, muy profunda... No sabría cómo expresarlo.

—Bien. Eso es todo por ahora.

Brech, que no había perdido detalle, quedó pensativo.

«Primero aquella tremenda explosión que lo conmocionó todo, después la desaparición nada menos que del hijo menor del primer mandatario, que coincidió con otra explosión de tipo subterráneo... ¿Tendrán algo que ver los tres hechos?

Sin darse cuenta, en sus manos tenía aquellos datos que aparentemente no indicaban nada:

«Nebulosa Trífide, 3102 años luz.»

Fuera, a través de la gran ventana, todo seguía normal,

completamente normal.

CAPITULOIV

—¡Doctor Sondar! ¡Doctor Sondar!

—¿Eres tú, Bretch?

El joven había subido rápidamente la rampa hasta llegar a la pequeña dependencia, que ocupaba un hombre que había vivido ya lo suficiente, como para entregarse a una vida pasiva, sin agobios, sin eltrabajo activo y febril de los habitantes del planeta.

El doctor Sondar, de faz rugosa y albas vellosidades, era un hombre que parecía acabado físicamente, pero como la mayoría de los sabios, conservaba su cerebro en activo .

Sondar pertenecía a una generación superada unos trescientos años antes, pero él, junto con otros que vivían en tranquilo retiro en el mismo soberbio edificio, había sido pionero de la época del súper desarrollo.

Sondar fue siempre el ídolo de Bretch, y el joven consiguió tiempo atrás la primera entrevista con el sabio ya retirado. De aquella entrevista nació la amistad y a partir de aquel momento Bretch no vacilaba en consultar con el viejo doctor todas sus dudas.

—No es necesario despilfarrar la vitalidad, muchacho —sonrió Sondar al verle llegar jadeante.

—Es importante, doctor... Usted debe haber oído la noticia. Han pasado una jornada entera buscando al chico.

—¿Te refieres a Cris, el hijo de nuestro primer magistrado?

Brech asintió.

—Una cosa extraña —musitó el doctor.

—Sé que no querrán escucharme... Quizá tengan razón al pensar que lo que yo pueda decir son sólo divagaciones, pero...

—¿Qué tienes en la cabeza? —sonrió Sondar, con su sempiterno aspecto bondadoso.

—No lo sé con certeza... Pero han ocurrido cosas, nimiedades... Algo inconcreto que... No sé... —Brech no se atrevía a soltarlo.

—¡Vamos, vamos! Se trata de un presentimiento. ¿No es así? —
inquirió el doctor.

—Puede que sí.

—Hummm...

—Doctor... He seguido paso a paso las informaciones que han publicado referente al asunto.

—Yo también...

—Entonces esto puede sernos de gran ayuda.

—¿Sernos?

—Bueno, pienso que usted podrá ayudarme... Si estuviese en lo cierto.

—Veamos. Habla. Explícate.

Bretch le habló de la explosión.

Su interlocutor asintió.

—También la he oído. Creo que se ha oído en todas partes.

—Luego hablaremos de ella... Pero fíjese bien en un detalle. Lo he anotado.

Anotado quería decir «grabado», puesto que Bretch extrajo un diminuto aparato reproductor donde se recogía bastante de la información que los videos habían difundido con respecto a la desaparición del niño.

En las grabaciones se acentuaba el hecho de que Cris iba en busca de «algo».

—Me pregunto si ese «algo» podía haber sido la causa de la desaparición.

—¿Cuál es tu idea? —inquirió Sondar. —Bueno ...No lo sé exactamente. Pero si algo hubiese caído del espacio... Algún artefacto...

—¿Motivo de la explosión? —inquirió el doctor. Bretch asintió. —
Continúa.

—Bueno... Algo, digamos, con un poder desconocido, capaz de..., de volatilizar a una persona. Desintegrarla...

—Sí... Supongo que lo que dices entra en el terreno de la lógica. No obstante, hay un punto, en el que difiero... Todo puede ser detectado en nuestros tiempos. ¿No es así?

—Es lo que se dice...

—¿No estás convencido?

—Doctor... Usted había sido siempre el primero en admitir que nuestros sistemas eran buenos porque desconocíamos otros. A cada nuevo descubrimiento nos dábamos cuenta de nuestro atraso anterior.

—Es cierto.

—Entonces..., ¿y si existiese algo que no pudiera ser detectado?

—Comprendo lo que quieres decir, pero estimo que sería muy difícil de probar. ¿No te parece, Bretch?

—Malonda, la cuidadora del pequeño Cris, dijo que había oído una onda subterránea, una explosión.

—Sí, sí. De acuerdo.

Se hizo un silencio. Sondar parecía pensar en aquellas palabras del joven, pero no les daba demasiada importancia.

Bretch sacó una cartulina y la retuvo en las manos mientras decía:

—Doctor. Todavía hay algo más.

—¿Qué es?

—Esto.

—Veamos. Léelo.

—Hace referencia a los años luz que existen hasta determinado planeta.

Leyó la nota referida a la nebulosa Trífide.

Por primera vez el doctor pareció interesado de veras.

—Déjame ver esto.

—Es... curioso —musitó al cabo de un silencio.

—¿Qué, doctor?

Pero Sondar parecía no escucharle. Como si se hallara embebido en viejos recuerdos repitió de nuevo:

—Realmente curioso... Realmente curioso.

CAPITULO V

Bretch aprovechó el resto de su jornada libre para volar hacia la zona de la residencia del primer mandatario.

Al descender del aerotransporte se encontró con el cinturón de agentes que prohibían la entrada en el lugar.

Encontró a un jefe conocido y se dirigió a él.

—¡Eh, Keit! ¿Qué es lo que pasa?

—Supongo que estarás enterado —repuso el jefe.

—Bueno. Sé lo de la desaparición del chico, pero ¿a qué vienen esas medidas de seguridad?

—No son medidas de seguridad.

—¿Por qué no dejan pasar entonces?

—No lo sé, amigo. La orden es de no dejar pasar a nadie. Supongo que para no entorpecer la búsqueda.

—Es una tontería seguir buscando. Aquí no hay escondrijos. Si no han encontrado al pequeño no lo encontrarán porque vosotros estéis aquí.

—¿Y yo qué quieres que te diga? Cumplimos órdenes. Allá los técnicos. ¿Y tú qué haces por aquí?

—Curiosidad. Me gustaría ver esto.

—Yo no puedo autorizarte.

—Pero hay gente por ahí, ¿no?

—Todos tienen una placa de algo. Informadores, técnicos en algo, profesores... Bueno, ya sabes. Ha habido un despliegue general de fuerzas.

—Déjame pasar.

—Podría cargármela. Lo siento. Esto es serio —repuso el jefe Keit.

—Nadie va a preguntarme si un jefe me deja pasar —insistió el

joven.

—Vas a meterme en un compromiso.

—Yo creí que éramos amigos.

—Está bien, pasa, pero si ocurre algo...

—Descuida, Keit, no voy a nombrarte para nada.

—Pero ¿por qué tienes tanto interés?

—Por nada en concreto. Ya te lo he dicho; mera curiosidad.

—Hummm.

Keit permitió que su amigo pasara y Bretch, con un ademán de agradecimiento, cruzó la zona.

A un par de kilómetros comenzó a ver a los «autorizados» formando grupos y comentando el suceso.

Otros parecían medir el terreno. Algunos buscaban entre los bien cuidados setos, con ayuda de detectores.

Más allá, ya en las proximidades de donde había desaparecido realmente el chico, otras personas rastreaban el terreno con instrumentos de alta precisión.

Bretch oyó comentar:

—Están intentando localizar el motivo de la explosión que la muchacha dijo haber advertido.

—¿Con detectores de subsuelo? —inquirió otra voz.

—Es que esa explosión tuvo efecto en el subsuelo.

Bretch se aproximó al grupo. Algunos le miraron sin darle mayor importancia, ya que no todos los que estaban en el recinto se conocían entre sí.

—Perdonen, busco a Malonda. ¿La han visto?

—Debe estar en la casa. ¿Es redactor de video? —le preguntó alguien.

Bretch reconoció al hombre como al renombrado profesor Bustier, el número uno del país.

—Sí, profesor —mintió el joven.

Y a continuación, aprovechando la oportunidad, se atrevió a preguntar:

—¿Han descubierto algo importante?

—Nada de momento.

—He oído lo que decían sobre la explosión del subsuelo... Creí que se trataba de una onda explosiva más profunda.

Bustier le miró de pies a cabeza.

—Bueno. Hablo por lo que oí decir a Malonda —aclaró Bretch.

—La muchacha no puede hablar con exactitud. De momento se están tomando todas las medidas.

—Sí, claro, claro, pero yo querría saber si..., si se piensa en la posibilidad de que el chico hubiese tocado algo...

Dejó la continuación en el aire y esperó a que Bustier dijera algo, pero el profesor se limitó a preguntar fríamente:

—¿A qué se refiere?

—No sé... Algo indetectable, por ejemplo.

Antes de que el profesor pudiera contestar ocurrió una cosa extraña, algo intangible, pero todo el mundo tuvo la seguridad de que en una fracción de tiempo indecible se había producido una total oscuridad.

A continuación una onda profunda pareció conmover el suelo. La sorda explosión procedía de lejos, de muy lejos. Por ejemplo, del centro del Planeta, de lo más profundo de sus entrañas.

Alguien se aproximó gritando:

—Profesor Bustier... Venga inmediatamente. Ha ocurrido algo increíble...

Bustier y los que estaban con él se apresuraron a dirigirse hasta

donde estaba el hombre que les había llamado.

Bretch se aproximó también y pudo escuchar lo que decían.

—Se trata de su ayudante Corbo, señor... Creyó haber visto algo que se movía. Lo confirmó a través de su emisor y de pronto...

El informante vaciló. Parecía no atreverse a continuar.

—Siga. ¿Qué ha pasado?

—¡Desapareció, señor!

-¿Qué?

—Una luz cegadora. Una fracción de segundo, señor... Y Corbo desapareció.

—¿Dónde ha sido esto? —inquirió el profesor.

—Por aquí, señor. Sígame.

—¡Cuidado, profesor! —advirtió alguien—. Puede ser peligroso.

Una oleada de agentes se aproximaba. Los murmullos aumentaron de tono y un informador de video se aproximaba con su cámara portátil al lugar mientras transmitía.

—Señores, algo acaba de ocurrir. Vamos a mantenerles informados en todo momento.

Una voz gritó:

—¡Que nadie se acerque! Hay que establecer un cinturón de seguridad, mientras averiguamos la naturaleza del peligro.

Bretch vio entre la gente a una joven que reconoció en seguida por haberla visto antes a través del video. Era Malonda.

Intentó acercarse a ella, pero dos informadores la rodearon para preguntarle:

—¿Ha notado esa onda subterránea?

—Sí. Es casi idéntica a la de entonces...

—¿Quiere decir que cuando desapareció Cris se produjo algo

semejante? —preguntó el otro informador.

La muchacha asintió.

—Bien, gracias. No se mueva. La necesitaremos de nuevo.

La voz del informador del video estaba comunicando:

—Nos hallamos ante un misterio que por el momento nadie es capaz de descifrar.

Bretch se acercó a la muchacha.

La llamó, y ella se volvió con la mirada ausente. No conocía a Bretch y el joven se presentó.

—Vengo a buscarla de parte del doctor Sondar. Sabe a quién me refiero, ¿verdad?

—¡Oh, sí! El doctor Sondar. Hace mucho tiempo que no le veo. ¿Cómo está?

—Está bien y desea hablar con usted.

—Ahora no puedo irme. Me necesitan. Lo que ha sucedido es terrible.

—Lo sé, lo sé. Es precisamente de esto de lo que quiere hablarle. Seguramente podrá obtener usted permiso.

—Lo intentaré.

—Dese prisa. Puede ser importante.

Ella asintió.

Entretanto el informador del video explicaba:

—Uno de los hombres empleados en la búsqueda del misterio acaba de desaparecer. Aunque no se ha dicho nada oficialmente, se supone que al pequeño Cris pudo ocurrirle lo mismo. Ahora la pregunta es: ¿Qué fuerza incontrolada posee «ese algo» capaz de volatilizarse a los seres? ¿De dónde ha venido «esa cosa»?

CAPITULOVI

Malonda se hallaba sentada frente al doctor Sondar, que terminó de revisar unas notas.

Bretch se hallaba en pie, expectante.

—Bien —murmuró Sondar, rompiendo el tenso silencio—. Ahora quiero que me digas qué sucedió exactamente antes de producirse esa explosión subterránea u onda expansiva como se la llama.

—Nada... No ocurrió nada —murmuró ella—. Bueno... Nosotros nos retiramos hacia el jardín cuando comenzó el oleaje.

—¿El oleaje? —preguntó el doctor, frunciendo el entrecejo.

—Estábamos en la playa. El niño jugaba. El agua estaba tranquila y el día era magnífico. Yo estaba distraída... Me gusta estar sola y respirar el oxígeno marino. Sé que de pronto me volví y vi aquella ola gigantesca. Me asusté y llamé al niño. Creo que el agua le hubiera arrastrado de no habérselo advertido.

—Sigue —pidió Sondar.

—Vinieron más olas. Fue todo muy repentino y sé que me asusté. —¿Por qué?

—No sé... No parecía natural. He visto el mar embravecido en los días anunciados para el cambio de mareas, pero sé que estas cosas siguen un ritmo normal, y allí el cambio sucedió de una forma brusca. Todo seguía igual, pero aquellas olas eran aterradoras.

—Un cambio brusco en las corrientes marinas —murmuró Sondar como si hablara para sí.

—Sí. Fue muy brusco. Y digo que por esto nos retiramos al jardín. Dije al chico que podíamos jugar al escondite... O lo dijo él, no lo recuerdo. Ojalá no lo hubiéramos hecho.

—Tú no tienes la culpa, Malonda —sonrió Bretch, mirándola con atención y comprensión al mismo tiempo.

—Yo quería mucho a Cris y a toda la familia... Vivimos todos en armonía. El primer mandatario es una persona muy amable y comprensiva, y también lo es la madre del chico. Desde que me tomaron a su servicio me han tenido como si fuera de la familia. Sé

que todos los independientes que tenemos que realizar algún trabajo podemos caer entre gente poco grata.

—Los míos por ejemplo —adujo Bretch—. El ingeniero jefe es muy poco sociable.

—También otros tienen problemas con sus mandos —añadió ella—. Pero a mí no me sucede así, y estoy a gusto, y llegué a querer a Cris... Ahora siento lo ocurrido.

Sondar parecía atareado examinando viejas fichas. Ella le interrumpió preguntándole:

—¿Qué cree que puede haber ocurrido?

—Tengo una vaga idea, pero es algo muy remoto, que tendría que discutir con los técnicos actuales.

—Puedo llamarles —se apresuró a replicar Bretch.

—Tienen que ser de confianza. Lo que yo puedo exponer es remoto... Seguramente lo juzgarán como una fantasía propia de un viejo cuya técnica y sapiencia ya han sido superadas.

—Usted sigue teniendo un cerebro despierto, doctor Sondar —murmuró Bretch.

—Pero mi cerebro sólo se basa en acontecimientos antiguos. En normas e hipótesis que se consideran caducas. —Pensó un instante y añadió—: Bustier es un hombre abierto. Como número uno, es de los que aceptan todas las hipótesis y no desdeña lo antiguo.

—Le he conocido en el jardín de la casa del primer mandatario —repuso Bretch—. ¿Quiere que le localice? ¡Oh! Pero hará más caso si le avisa usted directamente.

—Supongo que ahora debe estar muy atareado. Sé lo que significan las investigaciones urgentes. De momento me bastarán unos datos que están en los archivos. Intenta conseguírmelos, Bretch. Necesitarás un permiso. Te daré mi placa para que puedas entrar en la Sede de Investigaciones.

—¿Qué datos desea?

—Todo lo que se refiera al vuelo dirigido a Trífide. Un vuelo realizado hace cuatrocientos siete años.

—Entonces... ¿Cree que puede tener relación...? —empezó Bretch.

—No lo sé, no lo sé. Tengo que averiguarlo. Yo era muy joven por aquel entonces y no puedo recordar todos los datos. Cuando los tenga de nuevo en mis manos podré juzgar y entonces veremos si procede pedir la ayuda de Bustier. Toma mi placa.

Sondar dio a Bretch un círculo metálico que extrajo de un *dossier* y añadió:

—Encontrarás todo esto en la época correspondiente. Está señalado con el número Alfa 2001. Es el nombre que se dio a la operación.

—No tardaré, doctor —sonrió Bretch, muy complacido de entrar en acción.

* * *

Entretanto, nuevos técnicos con detectores último modelo rastreaban en derredor del círculo de seguridad establecido por los agentes en el lugar de la nueva desaparición, en los jardines de la zona del primer mandatario.

Bustier, al frente de las operaciones, recomendó:

—No se acerquen al círculo marcado.

Un círculo luminoso, producido con un haz de luz continua, indicaba la zona límite.

—No se ve nada —dijo alguien.

—Aun así, no traspasen ese círculo —insistió Bustier.

Un informador preguntaba al científico qué era lo que esperaba encontrar y de qué peligros se protegían.

Bustier no pudo contestar a ninguna de las dos preguntas.

—Si conociese las respuestas no andaríamos a ciegas. No obstante, no hay que perder la calma. Daremos con lo que sea y lo neutralizaremos.

Llegaron unos ayudantes de los laboratorios de Bustier con una caja metálica.

—¡Aquí está, profesor! —dijo uno de ellos.

Bustier indicó una de las mesas del jardín.

—Déjenlo allí...

A través del video, Sondar y Malonda podían seguir lo que estaba ocurriendo.

—¿Qué es? —preguntó un informador al científico.

—Un preparado radiactivo para provocar la reacción de cualquier artefacto oculto —fue la respuesta.

—¿Qué pretenden? —preguntó ahora Malonda a Sondar.

—Algo positivo, pero muy peligroso si se usa ante lo desconocido —manifestó el doctor.

A través de la pantalla video pudo verse cómo el profesor Bustier hacía apartar a todo el mundo, mientras un aparato era empujado hasta las proximidades del epicentro.

—Tendrá que mandar evacuar a la gente —murmuró Sondar sin perder detalle.

Y tal como lo había dicho, ocurrió.

El informante lo tradujo para todos los que seguían la operación a distancia.

—Existe peligro de explosión, por lo que se aconseja abandonar los alrededores hasta el radio que indique el profesor Bustier, que todos ustedes pueden ver a través de la pantalla.

El aparato, que había sido aproximado, se instaló. Consistía en una plataforma de cuyo centro surgía un eje en forma de surtidor.

De la caja que habían traído los ayudantes se extrajo una vasija de cristal en cuyo interior había una bolita.

—Uranio tratado —explicó Sondar a Malonda.

Con la ayuda de unas pinzas se destapó el frasco. Luego el profesor

Bustier, utilizando uno de los llamados «imanes a distancia», extrajo la pequeña esfera, que surgió de la vasija suspendida en el aire, sin que objeto alguno la tocara. El imán a distancia cuidaba de conducirla.

Con notable pericia Bustier condujo la bola hasta el centro del eje del aparato.

Por medio de un dispositivo hizo que el imán fuera perdiendo fuerza y de este modo la bola se introdujo en el vestíbulo de entrada del eje.

—Es curioso —murmuró Malonda, que también seguía interesada en la operación a través de la pantalla.

Entretanto, transportes aéreos comenzaban la evacuación de la gente.

El primer mandatario interrumpió las operaciones del profesor Bustier y apareció en la pantalla para preguntar al científico:

—¿Lo cree necesario?

—Es una prueba, señor —repuso el profesor.

—Está bien. Siga adelante. Si lo que pudo causar la desaparición de mi hijo está ahí, quiero que lo destruyan.

El profesor continuó sus manipulaciones, mientras Sondar explicaba a la muchacha:

—El eje va perforando para dar cabida a la esfera de uranio tratado, cuando la bola se haya acomodado en el regazo interior habrá terminado la operación preliminar.

—¿Y después?

—Un dispositivo la hará entrar en acción. El tratamiento especial de esta clase de uranio se descompondrá en forma de gases continuos que provocarán la reacción. Un circuito de rayos gaseosos inundará la zona que ha sido previamente marcada en la computadora que el aparato lleva incorporada. Los rayos gaseosos bombearán toda la parte.

—¿Para qué?

—Para alcanzar el elemento «extraño».

—¿Y qué ocurrirá si lo alcanzan?

—Pueden ocurrir varias cosas... Si el elemento extraño es antimateria, las consecuencias son imprevisibles.

—¿Y si no fuera antimateria?

—Se produciría una explosión. Posiblemente destruiría la zona, pero esto sería un mal menor.

—Entonces... el verdadero peligro está en la antimateria, ¿no? —inquirió ella.

—Sí. Eso sería lo peor, por eso me gustaría poseer esos datos que Bretch ha ido a buscar.

Bretch estaba de regreso en aquellos momentos con el *dossier* que el profesor le había encargado.

Momentos más tarde, mientras en la zona de la casa del primer magistrado continuaban los preparativos, el joven llegó a la dependencia del, doctor.

—¡Ahí está todo! —exclamó.

—De prisa, de prisa, tengo que ver algo... He estado pensando y... Quizá sería conveniente avisar a Bustier...

—Voy a llamarle —repuso el joven, yendo hacia el intercomunicador.

El sistema de llamadas era simple. Bastaba pulsar la inicial de la materia en la que estaba incluido el sujeto y su contraseña de identificación; si no se conocían los datos, un botón los facilitaba mediante su pulsación.

—¿La contraseña, doctor? —preguntó Bretch.

—Bustier es la C. Número 1. No hay discusión.

El joven pulsó los dos botones simultáneamente y casi en seguida una voz metálica respondió:

—Llamada controlada. Sujeto preguntado no puede atender. Esperen, por favor.

Sondar había oído y murmuró:

—¡Me lo suponía! Di que es emergencia. Pulsa la Z.

Bretch hizo lo que el doctor le había pedido, pero en aquel momento el informante del video murmuró:

—La operación va a empezar. Procuraremos seguir su desarrollo a distancia.

Sondar acababa de descubrir algo y exclamó:

—¡De prisa, Bretch! ¡Que te den esta emergencia!

—No contestan, doctor Sondar!

—¡Tienen que contestar!

—Es inútil, doctor. Lo estoy intentando.

—¡La prueba va a empezar! —exclamó el informante a distancia.

Se habían desplazado y Bustier se proponía manejar el aparato por mediación de control remoto.

—¡Bustier está corriendo un grave peligro que él ignora! ¡Puede ser fatal..., fatal para todos!

Bretch comprendió que el doctor no habría perdido la calma por una simple suposición. Si comprendía que podía existir peligro es porque estaba realmente cierto.

—¡Emergencia, emergencia! —gritó a través del micro, sin dejar de pulsar el botón Z.

Fue inútil. La operación estaba en marcha, Bustier no podía atender ninguna llamada.

Sondar lanzó un suspiro.

—Todo es inútil... Inútil —musitó.

CAPITULO VII

Era ya oscuro en el planeta. La larga jornada había concluido. La hora del descanso se retrasaba en todos los hogares para seguir de cerca las operaciones del profesor Bustier.

A través de las pantallas, con el video a distancia pudieron seguir los acontecimientos.

Primero, tal como habla indicado el doctor Sondar, del tubo perforado del eje surgieron los rayos gaseosos, brillantes. Chispas multicolores que produjeron una cascada vistosa como un juego de artefacto.

Las chispas, como fina lluvia, se esparcían por la ancha zona delimitada previamente.

Cualquiera de aquellos puntitos luminosos podía alcanzar el objeto escondido en el suelo.

Atentos a lo que ocurría, Bretch, Malonda y el doctor Sondar contenían la respiración.

Fue el joven quien rompió el silencio para preguntar:

—¿Ysi estuviese en el subsuelo?

—Cada chispa tiene un alto poder de penetración, cuando esté en línea con el objeto le buscará hasta destruirlo o... ser destruida.

—Doctor... ¿Qué ha visto usted en estos viejos informes? —inquirió Bretch.

—La respuesta al misterio que durante más de cuatrocientos años no pudo ser descubierto...

No dijo más.

Las chispas seguían desparramándose por la zona. El pequeño volcán artificial continuaba en plena efervescencia.

De pronto la pantalla dejó de reflejar lo que estaba ocurriendo.

Se produjo un chispazo y el video produjo una luz cegadora, casi al mismo tiempo que una horrenda explosión hacía temblar el suelo.

Todo había concluido.

El sistema de iluminación del pabellón del doctor osciló varios momentos hasta quedar todo completamente a oscuras.

Nadie dijo nada. Todos pensaban en los vaticinios del doctor Sondar.

El viejo hombre de ciencia conectó los conductores de emergencia para iluminar la estancia.

—Es lo que yo me temía, ¡Ha sucedido!—murmuró preocupado.

En unos momentos Sondar parecía haber envejecido otros quinientos años.

—¿Qué ha pasado en realidad, doctor? —preguntó Bretch.

—El contacto con la antimateria de Trífide —susurró Sondar casi sin voz.

Luego, tras un largo silencio que ninguno de sus dos acompañantes había interrumpido, añadió:

—Es el mayor peligro por el que ha atravesado el planeta desde que surgió sobre él, el primer habitante.

—¿De Trífide? —inquirió de nuevo Bretch.

La muchacha permanecía callada. No entendía demasiado bien lo que estaba sucediendo y las consecuencias que aquello podía suponer para el futuro.

—Cuando desapareció el piloto en la ruta de Trífide, se planteó la gran incógnita que nadie pudo resolver. Esta es la respuesta —sentenció Sondar.

Bretch estaba ansioso para conocer la versión del doctor, pero en aquel momento el receptor de modelo antiguo y que sólo funcionaba en casos de emergencia comenzó a transmitir:

—Desde todos los confines del planeta ha sido posible oír la fantástica explosión que se ha registrado en la zona de la residencia del primer mandatario. Transportes aéreos rápidos están volando en estos momentos sobre el lugar para establecer una prueba de lo sucedido. Les mantendremos informados.

Todos permanecieron atentos a la escucha, mientras varios vehículos aéreos sobrevolaban la zona afectada.

No había una sola sombra de humo. Nada absolutamente que hiciera pensar en que allí pudiera haber sucedido algo.

Sin embargo...

Sin embargo, junto a la orilla y en muchos kilómetros a la redonda todo había quedado completamente aplanado.

No existía el menor asomo de vegetación, ni de construcción alguna.

La residencia del primer mandatario había desaparecido.

No existía el jardín.

La playa se prolongaba, con su fina arenilla, hasta muchos kilómetros tierra adentro como un inmenso desierto.

Las aguas, en aquellos momentos, se habían arremolinado presentando el aspecto de las grandes mareas.

Los pilotos cambiaron mensajes de incredulidad entre sí.

—No es posible. Estamos sobre la zona... ¿Qué es lo que ha pasado aquí?

Los receptores informaron en seguida:

—Todo vestigio de vida ha desaparecido en la zona. No hay el menor rastro del profesor Bustier, ni de los técnicos de video que quedaron con él para retransmitir las imágenes del experimento. La guardia que formaba un cinturón de seguridad también ha desaparecido. Nadie puede hablar con certeza de lo ocurrido. Nos hallamos ante un caso grave que las autoridades han empezado a estudiar desde este momento.

Y el informador proseguía con un aviso:

—Un nuevo cinturón de seguridad impedirá que nadie se acerque a la zona. Entretanto, se recomienda que durante el período de descanso la gente permanezca en sus dependencias. Que nadie se mueva si no es paracasos excepcionales. Utilicen los elementos supletorios para el alumbrado y demás servicios hasta que se reparen las graves averías sufridas en el suministro. Mucha calma, mucha calma. Los técnicos no

cejarán hasta encontrar la solución al problema que ha planteado la anómala situación. Mucha calma. Mucha calma...

Una cinta continua repetía la información.

Bretch cortó la retransmisión, mientras el doctor Sondar murmuraba:

—¡Pobre Bustier! Precisamente ahora que hacía más falta que nunca...

—¿Qué solución existe, doctor? —inquirió Bretch.

—No lo sé.

—Habrà algún medio.

—Tiene que haberlo.

—Doctor... Me gustaría poder hacer algo...

—Yo... Yo ya soy demasiado viejo para moverme, tú si quieres hacer algo ve en busca de Treuber. Es un colega más joven. Trabajaba con Bustier. Dile solamente que traiga el informe completo del asunto Delta B. Ellos estudiaron algo sobre una posibilidad de ataque por antimateria.

—¿Se trata de un ataque? —inquirió Malonda.

—Sí, querida. Un ataque. El más peligroso que planeta alguno pueda soportar. Un ataque que puede destruirnos a todos en muy poco tiempo.

Bretch salió de inmediato a cumplir la sugerencia del doctor.

CAPITULO VIII

El tubo de cristal tenía una capacidad para diez medidas. Cada medida estaba señalada con un punto.

Treuber terminó de preparar la composición y por medio de un medidor automático la introdujo en el interior del tubo.

El líquido espeso y viscoso quedó hasta la medida número 10 en el interior del recipiente.

El primer mandatario, junto con dos técnicos del laboratorio y el primer secretario estaban presentes en la extraña operación.

—¿Para qué sirve esto? —inquirió el número uno del planeta.

—Es un control de la antimateria. Si la «cosa» que se ha introducido en nuestro planeta es una forma antagónica a nuestra materia, el detector líquido nos dará la prueba.

—¿Y si es antimateria? —siguió preguntando el primer mandatario.

—La probeta actuará como un termómetro. En períodos exactos de tiempo, la composición descenderá medio grado hasta llegar al final.

—¿Al final?

—Sí, señores. En mi opinión y de acuerdo con los estudios, cuando el líquido detector se haya evaporado, habrán terminado nuestras posibilidades de dar con el antídoto capaz de destruir la antimateria.

—¿Está seguro de lo que dice, Treuber?

—Nunca se ha podido comprobar, señor. Es un estudio aplicado. Una magnífica ocasión para hacer la prueba.

—No bromeo, Treuber.

—No bromeo, señor. Le explicaré... La aleación del detector líquido es parecida al mercurio. Actúa como un termómetro atmosférico, con la diferencia de que esta aleación no mide la temperatura, sino el peso y la densidad de la materia destructiva. En este caso la «antimateria».

—Si lo he entendido...

—Permítame que siga, señor.

—Por favor —pidió el primer ciudadano del planeta con actitud impaciente.

—Pues bien. Como he dicho, la probeta actuará como termómetro y siempre de acuerdo con la densidad y peso de la «cosa» introducida en nuestro planeta. Lo que sea esa cosa tiene un peso y una capacidad de perforación, cuya magnitud registrará la evaporación del líquido detector. Cuando haya marcado el primer medio grado de evaporación sabremos el tiempo que tarda la «cosa» en su camino de perforación hacia el centro del planeta, y entonces, insisto, sabremos el tiempo e que disponemos para impedir su avance. —Supongamos que no se puede impedir su avance —atajó el primer mandatario.

—Señor... Me temo que no habría solución. —¿Qué quiere decir?

—Simplemente, que cuando esa «cosa» llegue al centro estallará por completo. La fuerza magnética del planeta al chocar contra la antimateria se desintegrará. Es la ley de la antimateria.

Tras un silencio, el responsable del planeta se volvió hacia su secretario.

—Quisiera saber la opinión de los otros técnicos.

—Sí, señor.

—Entretanto que pongan a la disposición de Treuber los elementos necesarios para la instalación del termómetro de líquido detector. Cubriremos todas las posibilidades.

—Señor —repuso Treuber—, es necesario mantener el detector en un lugar elevado. A ser posible, en el epicentro de la zona peligrosa.

—Lo tendrá —repuso el primer mandatario.

Fue entonces cuando llegó Bretch.

Tras anunciar su visita y decir que iba de parte del doctor Sondar, se le permitió entrar en el laboratorio.

El primer mandatario y su secretario estaban todavía allí cuando Bretch explicó los motivos de su visita.

—¡Un momento! —exclamó el primer mandatario—. ¿Ha dicho usted doctor Sondar?

—Sí, señor. Fue un destacado científico cuando estuvo en activo.

—Era de la generación anterior a Bustier —aclaró Treuber—. Se le tenía en gran estima.

—Sí, creo que su nombre me suena —repuso el primer mandatario—. ¿Acaso quiere colaborar? ¿Tiene alguna pista?

—Sí, señor —repuso Bretch, entusiasmado de poder hablar personalmente con el jefe del Planeta, el máximo responsable de los destinos de todos los habitantes—. El doctor Sondar predijo lo que iba a ocurrir. Trató de avisar a Bustier, pero ya era demasiado tarde...

—Treuber, dele al joven lo que pida. Y póngase en contacto con Sondar. En estos momentos todo es importante.

Bretch repitió:

—El informe Alfa B. Referente a Trífide.

—¿Trífide? —inquirió el primer mandatario.

—Señor, algo debe suceder, porque en mi jornada de trabajo en la Cabina de Informes se recibieron unos extraños comunicados a los que nadie dio importancia. ¡Y hablaban de Trífide!

—Esto podría ser importante —murmuró Treuber.

—Entonces no pierdan tiempo.

—Puede usted regresar —repuso Treuber a Bretch—. Yo llevaré personalmente el informe al doctor Sondar. Tengo que buscarlo y dar las instrucciones para el detector líquido.

El joven salió del laboratorio antes de que lo hiciera el primer mandatario y su secretario. Al llegar al vestíbulo se encontró con dos guardas del puesto de Información y el ingeniero jefe de la misma.

—¿Dónde se había metido, Bretch? ¿Es que no tiene una dependencia donde poder encontrarle?

—Señor... Yo no...

—Le han estado buscando. Debe volver a su puesto.

—Señor, yo he terminado mi turno —protestó el joven.

—En casos de emergencia los turnos no se terminan nunca. Su obligación era estar en un lugar donde pudiera ser localizado. Los

receptores particulares están averiados. ¿No se ha enterado todavía?

—Sí, señor, pero es que...

—Tendré que imponerle una sanción por incumplimiento de sus obligaciones en situación de peligro. ¡Vaya inmediatamente a su puesto!

—Señor... Estoy ayudando al doctor Sondar en este asunto.

—Usted es un servidor al Servicio del Centro de Información. Este es su único trabajo. Deje ya de replicar y cumpla con su deber.

—Sí, señor.

No tenía otra opción, se debía a su trabajo y tenía que acudir a él, justamente cuando pretendía ser útil en algo que juzgaba de mayor importancia que en la recepción de informes.

Se quedaría sin poder tomar parte activa en lo que fuere necesario hacer para luchar contra la antimateria, ¡y de mala gana salió para tomar el transporte aéreo que le llevaría hacia la torreta metálica, desde la que podría hacer más que tomar mensajes rutinarios y actuar de modo pasivo.

Cuando llegó a su puesto encontró al compañero al que había reemplazado, que masculló:

—Querías escabullirte, ¿eh? Menudo rapapolvo te has ganado, amigo. Esto es serio.

—No me he estado cruzado de brazos. Además..., ¿por qué necesitan a dos aquí?

—Yo qué sé. Quieren la máxima atención. A mí me mandan. Yo obedezco.

—Sí, claro. Tú no eres más que un robot.

—¡Cuidado, chico! Un poco más de respeto. Yo soy antes que tú.

—Está bien, autómatas. Dime lo que hay que hacer. ¡Que se hunda el planeta mientras cumplimos unas órdenes estúpidas!

—¿Quieres solucionarlo todo tú? ¿Te crees importante?

—Sé que se avecinan acontecimientos importantes y que preferiría

estar en algún lugar donde pudiera ser realmente útil.

—No digas sandeces. Tú perteneces aquí. No eres más que un servidor del Servicio. Deja de soñar.

Bretch masculló algo entre dientes. No comprendía cómo podía haber tipos tan cerriles como su compañero para quien sólo existía la obligación. No pensaba. No tenía iniciativas de ninguna clase. Cumplía y sanseacabó. Le daba rabia que hubiera gente tan poco responsable como su colega de trabajo, seres que huían de toda complicación aunque se hundiera el planeta. Ellos cumplían y nada más. ¿Cómo habría prosperado el habitáculo si todos hubiesen hecho igual?

Pero eso no eran más que divagaciones, y entretanto el destino del planeta seguía en vilo. ¿Qué estaba sucediendo?

Se enteró a través del receptor privado:

—El científico Treuber —decía un informador— se ha reunido con el veterano doctor Sondar para un estudio de la situación. Sondar explicará su teoría sobre la circunstancia actual y lo que la ha producido.

Entretanto un vehículo aéreo transportaba el tubo de cristal, o termómetro detector, hacia el epicentro de la zona afectada por la posible antimateria.

Con el dispositivo especial de que disponían todos los artilugios volantes del planeta, el aparato se instaló a una altura determinada del suelo, y el piloto, siguiendo las instrucciones recibidas, depositó el tubo sobre un trípode.

En aquel momento el líquido produjo un extraño goteo, entró en una breve y momentánea ebullición y quedó rebajada a medio grado.

El piloto informó rápidamente:

—Medio grado —dijo escuetamente.

La noticia pasó a la estancia del doctor Sondar, que era donde se hallaba Treuber, quien calculó el tiempo.

—Es más rápido de lo que creía, doctor. Sólo nos quedan nueve puntos y medio. Tendremos que haber encontrado la solución antes de que amanezca.

—Sí, Treuber —admitió el doctor Sondar—. El fin se acelera.

CAPITULOIX

Sondar explicó a través de las ondas:

—Hace más de cuatrocientos años, un astronauta se perdió en el espacio en la línea Trífide. Trífide es una nebulosa demasiado distante para nuestro planeta y por lo tanto, imposible de alcanzar con los medios que poseemos. Cuando ocurrió la desaparición de nuestro astronauta, ninguno de los detectores pudo transmitir una información correcta de lo sucedido. Al no recibir comunicación de ninguna clase, y fracasados los intentos de un posible rescate por medio de las patrullas que se enviaron al efecto, se consideró que el astronauta, agotados sus medios de subsistencia, había perecido en el interior de la nave que se supuso vagando en el espacio.

Eran muchos los oyentes que podían recordar el viejo suceso, casi olvidado.

En aquel entonces, lo ocurrido se consideró el lógico fracaso de unos tiempos en los que las investigaciones espaciales estaban en sus comienzos.

Sondar continuó su relato de los hechos de aquella época, y su posible vinculación con lo que estaba ocurriendo en las últimas horas.

—Lo que voy a decir a continuación, a muchos podrá parecerles una fantasía, porque desgraciadamente carecemos de medios para probarlo.

Tras otra pausa, añadió:

—Bien pudo suceder, que nuestra nave entrara en la línea de Trífide y al piloto le fuera posible seguir la ruta.

Aquí un locutor interrumpió:

—¿Y la distancia enorme que nos separa, cómo salvarla, doctor Sondar?

—Es imposible predecir la velocidad que puede alcanzar una nave si entra en una «corriente espacial». ¿Acaso sabemos algo acerca de la órbita de Trífide? ¿Conocemos la intensidad de atracción de la nebulosa?

—Cierto, pero esto supondría...

—Supondría que la nave pudo llegar allí, o a cualquier otra parte, pero me inclino más bien por creer que fue precisamente en Trífide y luego aclararé por qué

—Supongamos, pues, que el piloto llegara —admitió el locutor—. ¿Qué pudo suceder a su juicio, doctor?

—Lo que allí ocurrió sólo podría contestarlo el piloto.

—Pero el piloto está muerto.

La respuesta de Sondar fue un tanto enigmática:

—¿Está usted seguro de que ha muerto?

* * *

Otro medio grado se había evaporado.

El termómetro artificial seguía cumpliendo su angustiosa función. El diez por ciento del tiempo disponible se había esfumado.

La información pasó rápidamente al despacho de Sondar, que cambió una mirada con Treuber.

—Sólo existe una solución —murmuró el científico.

Sondar asintió.

—Me temo que sí.

—Pero en realidad es como si no la hubiera —adujo Treuber.

El primer mandatario se aproximó:

—Señores... Me doy cuenta de la gravedad de la situación. ¿Qué opinan que debemos hacer?

—Encontrar el antídoto capaz de destruir esa materia nefasta... —murmuró Sondar.

—En otras palabras, una materia que destruya la antimateria —recalcó Treuber.

—¿La tenemos?

—No, señor. Se puede intentar detener el avance. Si entretanto alguien consiguiera llegar a Trífide...

—¿Llegar a Trífide? ¡Esto es imposible! ¿De cuánto tiempo disponemos?

—Hasta el amanecer, pero si calculamos el tiempo que podamos retener la penetración de la antimateria, puede que... dos amaneceres —aventuró Treuber.

—Puedo disponer que salga una nave. Ustedes darán al piloto las instrucciones precisas.

Entre Treuber y Sondar se produjo una visible vacilación.

—¿Qué les ocurre? ¿Dudan ustedes?

—No es esto, señor... —empezó Treuber.

El doctor habló sin ambages:

—Señor... El piloto que vaya a Trífide, tiene escasas posibilidades de regresar con vida.

Y Treuber concluyó:

—...Sin la garantía de que su sacrificio pueda ser útil.

—Lo que dicen ustedes es terrible, pero encontraremos a ese hombre. Daré órdenes de que convoquen a los pilotos. Yo mismo les hablaré. Ustedes sigan trabajando.

—Doctor —murmuró Treuber—, manos a la obra. Usted siga informando. Yo me apañaré para disponer del succionador electrolítico. Habrá que montar una torreta metálica en el epicentro de la zona.

—Bien. No pierdan tiempo —repuso el primer mandatario.

Luego los dos científicos intercambiaron una mirada de desazón.

—Estamos luchando con una desventaja de mil a uno —dijo Treuber.

—Hay que intentarlo todo. Cruzarse de brazos sería aceptar lo

irremediable.

—Tiene razón, doctor. Siga informando. La gente tiene derecho a conocer la verdad.

Los informadores estaban ávidos de noticias. Todos querían que Sondar continuara su relato, que había tenido que dejar en el punto más interesante.

—¡Doctor! Usted ha insinuado la posibilidad de que el piloto perdido siga con vida.

—Lo he insinuado, sí, es cierto. Pero me temo que no han acabado de comprenderme.

—Explíquese.

—Al decir que el piloto pudiera seguir con vida, no me refería a la clase de vida que nosotros conocemos.

Se produjo un silencio, esperando que el doctor Sondar aclarara sus propias palabras.

—La verdad, es difícil de explicar.

—¿Está este piloto con nosotros? —preguntó alguien.

—¿Está en Trífide?

—Dónde está no puedo saberlo, pero es posible que le tengamos cerca.

—¿En el espacio?

El doctor negó.

—Escuchen... Durante el día de hoy se han recibido unos mensajes, dando unos datos archiconocidos referentes a la nebulosa Trífide. En apariencia parecían informes del memorizador, nada importante, quizá un contacto, cualquier cosa, pero dadas las circunstancias todo hace suponer que puede tratarse de una clave... De una clave facilitada por el piloto para informarnos de «algo» trascendental.

—¿Del peligro? ¿Insinúa que el piloto trató de informarnos del peligro?

—Sí. Más o menos creo que puede ser esto. —Pero si el piloto vive

y puede informarnos... ¿Por qué no expresarlo de otra forma más clara? —Porque es posible que no pueda hacerlo.

—Hable más claro, doctor. Se lo rogamos en nombre de todos los seres que estamos pendientes de ustedes en una hora grave para los que vivimos en este planeta.

—Señores... Permítanme que les diga que de la misma forma que la nave pudo llegar a Trífíde, acaso consiguió igualmente volver.

—¿Y cómo consiguió despegar de allí?

—Regresó de rechazo, convertida en antimateria. Cambió su forma, sus características y se convirtió en un arma terriblemente destructora, contra la cual nuestros medios son totalmente impotentes...

Tras otra pausa, uno de los informadores empezó:

—En ese caso, el piloto...

—El piloto, caso de vivir, se ha convertido también en antimateria.

CAPITULOX

El cuarto grado del termómetro había desaparecido cuando Treuber tenía dispuesto el «succionador electrolítico» con el que pretendía neutralizar la fuerza de penetración de la antimateria.

Reunió a los técnicos para explicarles: —Como ustedes saben, las pruebas efectuadas con el succionador han dado buenos resultados en casos normales.

Evidentemente los técnicos dudaron de que el aparato fuese eficaz contra la antimateria.

Treuber añadió:

—Bastará con que la poderosa fuerza de atracción del succionador mantenga la «cosa» paralizada. Por supuesto, en un momento dado la presión será tan tremenda que el aparato estallará. Pero esperemos que cuando esto ocurra dispongamos ya de la solución definitiva.

Sondar, por su parte, con los datos necesarios fue trasladado a la base donde el primer mandatario tenía a los pilotos reunidos.

—Señores —concluyó al ver llegar al doctor—, ya leshe dicho lo que es necesario hacer. No puedo obligar a nadie a que acepte esta misión. Ahora el doctor Sondar les explicará las características del vuelo. Doctor Sondar, puede hablarles.

Los medios de difusión de todos los centros oficiales estaban conectados. De este modo Bretch podía seguir todas las incidencias que se sucedían, referentes al asunto.

Lamentaba, como siempre, no poder tomar parte activa en todo aquello. ¡Hacer algo!

Desde su puesto escuchó atentamente a Sondar.

—La nave deberá partir a tope de sus posibilidades, hasta alcanzar el «punto muerto». Entonces el piloto debe conducir en dirección a la llamada línea de Trífide.

Uno de los pilotos interrumpió:

—Pero esto supone «años» de navegación, y el primer mandatario nos ha hablado de una misión urgente.

—Pueden ganar tiempo si aciertan alcanzar la «corriente de Trífide».

—Pero esto —indicó el mismo piloto— sería tanto como dejar la nave al garete.

—Se hicieron algunos estudios respecto a esa corriente espacial, señores. Ustedes no ignoran que existe la creencia de que una vez en la corriente de Trífide, la nave puede alcanzar una velocidad imposible de calcular. Es un albur, desde luego, pero es también nuestra única posibilidad de salvación. En ese caso hay que correr la suerte.

El piloto Haiko, que era el más veterano de todos, avanzó ligeramente.

—Yo me ofrezco para la misión. Dígame qué tengo que hacer.

—En primer lugar elegir a un ayudante, —Eso ya es más difícil, doctor. Yo no puedo designar a nadie.

—Yo —se ofreció otro piloto.

—No —cortó el doctor—. Todos los demás pilotos los necesitaremos, en caso de que la misión fracase... Cuando el termómetro marque el último grado todas las naves disponibles despegarán llevando el máximo número de personas posible.

Tras una pausa Sondar añadió:

—Tiene que ser una persona que no sea necesaria para la tripulación.

Bretch no pudo contenerse y acoplado el micro al aparato receptor espetó:

—¡Yo, doctor! Soy Brech. ¿Me escucha? —¡Bretch! —exclamó el doctor—. ¿Dónde estás? —En la torreta de informaciones. Pida que me releven. Aquí no hago nada.

Apareció entonces el ingeniero jefe para increpar al joven:

—¿Con qué derecho pide usted el relevo? Su jefe soy yo y usted no puede tomar iniciativas. Me estoy cansando de su proceder, Brech. ¡Estoy harto de sus intemperancias.

Entonces sonó la voz del primer magistrado: —Ingeniero jefe,

vivimos una situación de emergencia. Le ordeno que sustituya al joven.

—Sí, señor, pero... No tengo a nadie disponible en este momento... Además, si me permite una opinión...

—¡Nadie ha pedido su opinión! —cortó el primer mandatario con energía—. Y si no tienen a nadie para cubrir la baja, hágalo usted.

La orden era tajante. El ingeniero miró duramente a Bretch, humillado por aquella reprimenda recibida precisamente en su presencia, y murmuró:

—Ya lo ha oído. Muévase.

Bretch pegó un brinco de alegría y desapareció rápidamente de la torreta. ¡Por primera vez iba a tomar parte activa en un asunto de importancia!

Un asunto, sin embargo, que podía ser el primero y el último de su vida...

* * *

—Muchacho... —murmuró el doctor Sondar frente al joven recién llegado a la base—, no es misión para ti. Pero desgraciadamente no tenemos tiempo para elegir.

—No me importa el riesgo, doctor. Dígame lo que tengo que hacer.

El doctor se encerró en una de las cabinas con el piloto Haiko y el joven Bretch para darles instrucciones.

Malonda, que había acompañado al doctor Sondar, quedó sola en un rincón de la gran estancia de la base, junto al primer mandatario, quien le dijo:

—Llegado el momento, Malonda, tú vendrás con nuestra familia a bordo de una nave.

—¿No hay posibilidad de que la misión regrese, señor? —preguntó ella.

—El doctor tiene escasas esperanzas. Se trata únicamente de un intento desesperado. —Pobre Bretch. —Comprendo. Sois amigos.

—Acabamos de conocernos en casa del doctor Sondar, pero es un muchacho muy amable, con un espíritu de servicio extraordinario. No es difícil simpatizar con él. —De cualquier modo, las posibilidades de salvación del planeta son escasas.

—Quiere decir que tanto da morir en la misión como aquí... ¿No es eso, señor?

—Bueno. No hay que desesperar —repuso el primer mandatario, cuando Haiko y Bretch salían ya con las instrucciones de Sondar.

—Todo listo —dijo el piloto.

—Bien, sólo me resta desearles suerte. No olviden nada de lo que les he dicho. Manténganse en contacto directo con nosotros hasta que les sea posible. —Sí, doctor —prometió Bretch. La nave ya estaba dispuesta con todo lo necesario. Un altavoz anunció la evaporación del sexto grado del termómetro.

—Quedan catorce medios grados. No pierdan tiempo.

Brech y Haiko corrieron hacia la nave.

En la sala de control de vuelo Sondar ocupó el puesto principal junto al primer mandatario, rodeados ambos por los técnicos de la base.

Aquel no iba a ser un vuelo rutinario. La salvación del planeta dependía del éxito o fracaso de los hombres que iban a bordo.

—¡En marcha! —exclamó Sondar.

La onda de arranque produjo el silbido normal, luego el bólido salió despedido hacia lo alto, doblando la velocidad de despegue de los vuelos rutinarios.

La operación estaba en marcha.

Treuber pudo anunciar con alborozo:

—El succionador funciona. Podremos neutralizar la antimateria, por el momento.

—Bien, Treuber. La nave está ya en el espacio —repuso Sondar—. Ahora ya sólo podemos confiar en la suerte.

CAPITULOXI

Bretch efectuó la última retransmisión para decir que habían llegado al borde de la zona de atracción del planeta.

—Seguiremos transmitiendo —añadió.

Haiko controló las manos para el salto hacia el espacio ingravido.

—Ahora —dijo.

Uno de los propulsores produjo el silbido característico y la nave entró en la órbita buscada.

El interior del vehículo espacial no recibía la influencia de la ingravidez a causa del acondicionamiento especial. También el oxígeno era idéntico al del planeta y la reserva permitía recorrer grandes distancias sin temor a agotarla.

—Podemos ponernos las telas de emergencia. No sabemos lo que puede ocurrir —aconsejó el piloto Haiko.

Haiko era hombre tranquilo. Observándole no parecía ser el responsable de un vuelo que tal vez sería el último de su vida. Reposado y sereno, conectó el mando automático para enfundarse las llamadas telas de emergencia para el caso de que tuvieran que abandonar la nave antes de lo previsto.

Bretch le imitó, y ya con las nuevas ropas y la escafandra colgando a la espalda para colocarla en el momento oportuno, se sentó para retransmitir la posición.

Haiko observó el mapa de coordenadas y pulsó unos botones para asegurar el rumbo.

—Vamos bien. Directos a la corriente de Trífide —dijo para que Bretch pudiera informar.

El joven lo hizo dando su posición exacta de acuerdo con el mapa.

La voz del doctor respondió:

—Van muy bien de tiempo. Si todo sigue igual no tardarán en alcanzar el punto Beta en el mapa. Avísenme antes de llegar.

La nave seguía majestuosa por el abismo espacial. Haiko, atento a

los planos, brújulas y detectores; Bretch repasaba la ruta y permanecía atento a las pantallas que transmitían o repetían los detalles del vuelo.

La noción del tiempo se perdía en el espacio. ¿Cuánto hacía que habían despegado?

Tal vez llevaban ya tres horas. Observó la aguja que marcaba el paso del tiempo.

—Tranquilo —dijo Haiko—. No podemos hacer más. Y por ser un vuelo de carácter especial no creo que se pueda pedir más.

—Voy a comunicar.

Bretch quería saber qué tal marchaba el succionador, y obtuvo la respuesta de Sodar en sentido de que por el momento todo marchaba bien.

—Al menos ésta es una buena noticia —comentó el joven.

El tiempo continuaba transcurriendo y la tensión rompía la monotonía de aquel largo viaje, que sólo el inesperado e impreciso milagro de la corriente de Trífide podía acortar.

—Punto Beta —dijo el piloto.

En lenguaje vulgar, aquel punto constituía una especie de invisible cruce de caminos.

Había que dirigir a la nave, de acuerdo con el mapa de coordenadas espaciales, hacia la línea prevista.

Haiko hizo describir al vehículo la necesaria curva para que tomara el rumbo.

La aguja indicadora comenzó a moverse señalando la ruta.

—Esto va bien. Dentro de unos momentos habremos alcanzado la recta. Puedes informar.

Bretch informó. La voz de recepción se escuchaba cada vez más débil.

—Pronto ya no será posible mantener el contacto —murmuró.

—Por ahora todo va perfectamente —repuso el doctor Sodar.

Abajo, en el control de vuelo de la base, se produjeron algunas sonrisas alentadoras. Se sentían optimistas, pero Sondar no parecía compartir aquella sensación.

Bajó la voz y murmuró casi al oído del primer mandatario :

—Demasiado perfecto. No sé, no sé...

En la nave también todo parecía marchar con extraña normalidad.

—Encontrar la corriente de Trífide. Esto no consta en ningún mapa —dijo el piloto.

Bretch extrajo unos papeles que había tomado.

—¿Podría servir esto?

—¿Qué es?

—Unos informes que se recibieron a primeras horas. Sondar supone que pudo transmitir las de algún modo el piloto que se perdió hace cuatrocientos años.

Haiko leyó:

Nebulosa Trífide 3102 años luz. Designación M20 y NGC 6514.

—Lo repitieron varias veces. Podría ser un mensaje —comentó Bretch.

—No sé. Las designaciones son correctas. Es lo que figura en todos los manuales. Igual que los años luz...

Devolvió las cartulinas, que Bretch colocó sobre el tablero pensativamente.

Tras un largo y desesperante silencio durante el cual la nave seguía su nuevo rumbo no ocurrió nada.

Un intento de conexión con la base fracasó y sirvió para indicar a los dos hombres que se hallaban incomunicados.

—Esto quiere decir que nos hemos apartado de todos los puntos conocidos.

—Mira la hora, Haiko. En el planeta ya no tardará en amanecer. Si al menos supiéramos que allá abajo todo va bien...

—No pienses tanto en el tiempo. Aquí no podemos hacer más que lo que hacemos... Ya te lo he dicho antes.

Otro largo silencio.

Todo seguía en perfecto funcionamiento, pero... ¿Cuándo llegarían?

—Quizá debería pensar únicamente en salvarme... Uno de los dos tiene que morir. Sé que voy a ser yo. Tú tienes mayor experiencia y debes regresar.

—No pienses en eso.

—Sí, Haiko. Debo pensar.

—¿Te arrepientes de haberte ofrecido?

—No, Haiko. Eso no, pero debo pensar que mi vida no vale tanto como para no arriesgarla por todo el planeta. Tú también has tenido que llegar a esta conclusión para ofrecerte.

—Yo soy piloto.

Bretch continuó hablando como si expresara en voz alta lo que estaba pasando por su interior:

—Sí. Una vida no vale nada en comparación con la de tantos seres... Sé que nunca hubiera llegado a nada. Nunca quisieron darme una oportunidad, por eso la he cogido.

—En adelante podrás tener muchas oportunidades.

—Tú eres muy optimista. No. No trates de infundirme valor. No lo necesito. Al menos eso creo. Soy consciente de lo que tengo que hacer.

—No trato de infundirte valor, simplemente digo lo que espero que ocurra. Nos salvaremos. Sé que encontraremos algún lugar...

—Lo que tenemos que encontrar es Trífide.

—¿De veras piensas que conseguiremos llegar?

—Si no existiera una esperanza por lo menos, este viaje resultaría absurdo.

—Mira, muchacho, llevo mucho tiempo en las bases aéreas. Soy el número uno. ¿Qué he conseguido?

—No te entiendo.

—Lo entenderás en seguida. No somos nosotros quienes debemos salvar al planeta... Un piloto que ya no puede llegar a más. Se prohíben todas las iniciativas... Y tú, Bretch, a quien se te ha negado toda oportunidad excepto cuando te ofreces voluntario para morir.

Bretch agrandó los ojos. No acababa de entender adonde quería ir a parar el veterano y número uno de los pilotos. Dejó que continuara hablando.

—Haz la cuenta tú mismo. ¿Qué somos nosotros para ellos? En estos momentos una esperanza y nada más. Se olvidarán si encontraran otros medios para salvarse.

—Bueno... Quizá la gente sea poco agradecida, pero nosotros nos hemos comprometido y...

—Escucha, Bretch. Quiero que lo entiendas. No pienso arriesgarme por nadie. ¿Entiendes? Me ofrecí para disponer de una nave y largarme. No me importa lo que les pueda ocurrir allá abajo. Esta es mi decisión.

—¡No! ¡No, Haiko! Tú no puedes hablar en serio. Esto sería una traición.

—Bueno, basta ya. Yo soy el jefe aquí. ¿Comprendes? Sólo yo daré las órdenes. Nos salvaremos.

—No, no... Ellos confían en nosotros. No podemos abandonarles. No podemos.

—¡Calla ya! No vas a convencerme de ninguna forma.

CAPITULOXII

Había amanecido.

El termómetro continuaba invariable, con los seis medios grados de menos.

Treuber, encargado de la supervisión del succionador que actuaba de neutralizante de la antimateria, observó la presión.

—La resistencia está terminando. No durará mucho —y se marchó hacia el transmisor para pedir datos sobre la nave.

—Está fuera de control —le indicó el doctor Sondar, que había pasado todo el tiempo sin tomarse el menor descanso.

—Pero tendrás algún cálculo.

—En la última comunicación todo iba perfectamente. Puede que hayan alcanzado la corriente de Trífide... Según mis apuntes y de acuerdo con el tiempo transcurrido, están rondando la zona.

—¿En qué se basa tal fundamento?

—En las incidencias del vuelo del piloto que se perdió. Tengo todos los datos a la vista. Con ellos he efectuado los cálculos, y por eso imagino dónde pueden estar.

—Bien, seguimos pendientes de la suerte.

Treuber, al igual que todos, ignoraba que seguían pendientes de la suerte más que nunca, porque...

* * *

En la nave, Bretch no había vuelto a despegar los labios. Sabía que sería inútil.

Depositó una de las cartulinas en la ranura de la computadora y esperó los datos.

—¿Qué haces? —le preguntó Haiko.

—Nada importante —repuso.

—¡Vamos! Quiero saberlo, ¿entiendes? Si no te gusta lo que hago, lárgate. Sal fuera y quédate vagando en el espacio.

—Estoy comprobando los datos de la cartulina, referentes a Trífide.

—¿Para qué? De todos modos no iremos...

—Puede que sea más fácil de lo que suponemos, Haiko.

—No empecemos, Bretch. Yo no arriesgo la piel. Son demasiadas horas metido en un artefacto de éstos. Cientos de años lo mismo. Viajes rutinarios. Si se hubiese estudiado a fondo el asunto ahora no andaríamos a ciegas ni necesitarían voluntarios a los que nada se les puede garantizar...

—Ya sé lo que te ocurre, Haiko... Lo comprendo perfectamente.

—Ocurre que quiero salvarme. Es así de fácil. —No. Has perdido la razón. Esta es la verdad. —¡No digas eso! .

—Demasiadas horas, tú mismo lo has dicho. Este es un mal previsible. Te ha afectado. —Cállate ya.

—No, Haiko. Tú eres el mejor piloto. El número uno. Si estuvieras en tu sano juicio no obrarías como lo haces.

—¡He dicho que te calles, Bretch! No estoy dispuesto a escuchar tus impertinencias.

—No me callaré. Tienes que seguir el mismo rumbo. —Hace rato que lo he cambiado, muchacho. -¡No!

—¡Claro que sí! No quiero correr riesgos. Bretch apretó los puños. ¿Qué podía hacer en aquellos instantes?

Había pensado ya en el arma que tenía casi al alcance de la mano. Las células de la muerte podrían fulminar al piloto.

Quizá bastaría con amenazarle,

Haiko pareció adivinar lo que el joven estaba pensando.

—No lo hagas. Si intentas algo, no podrías controlar la nave. ¿Ves esto?

Señaló una palanca.

—Es un control para vuelo libre, sin necesidad de piloto. Se fija el rumbo y la nave hace el resto. Pues bien. Mira.

Dio un tirón y la palanca rebasó la última señal. Luego se escuchó un chasquido.

—Está fuera de engranaje. No sirve. Voy a demostrártelo.

Soltó los mandos y dejó el vuelo libre. Inmediatamente la nave perdió su normal estabilidad. Y el piloto soltó una carcajada, para luego explicar:

—Vamos al garete. Y hay que entender muy bien esto para hacerse con los mandos. Así que... abstente de amenazarme.

Tornó a coger los mandos y le costó bastante fijar nuevamente el rumbo.

—La computadora del vuelo... —exclamó Bretch.

—No. No hay nada que quede registrado ya. La nave está bajo mi exclusivo mando, si yo fallo date tú también por muerto.

En aquel momento la computadora hizo el ruido característico de la devolución de datos y Bretch extrajo la cartulina que había colocado poco antes.

Examinó los taladros y la colocó en el aparato de traducción automática.

Al cabo de unos momentos murmuró:

—Haiko..., mira esto.

—¡No me interesa!

—Es una simple ecuación, Haiko. Puede que en ella exista la solución.

—Si vuelves a decir una sola palabra que tenga relación con Trífide, voy a ser yo quien te eche al vacío.

—¡Inténtalo, Haiko! ¡Intenta tocarme! —Bretch había perdido su aguante.

No gritaba, pero sus ojos retaban al veterano piloto.

—Tú lo has querido, muchacho. Creí que te alegrarías de salvar el pellejo, pero ya que te empeñas en morir...

Extrajo su propia pistola de células.

Pensaba fulminarlo allí mismo y luego arrojar sus despojos al espacio.

Bretch se lanzó sobre el piloto y le derribó de su asiento.

Ambos rodaron por el pequeño espacio de la cabina, abrazados, intentando cada uno tomar ventaja con respecto al otro.

Más ágil, más fuerte por más joven, Bretch consiguió su objetivo poniéndose en pie y retorciendo el brazo de su agresor, al que consiguió desarmar.

Haiko, comprendiendo que llevaba las de perder, se precipitó hacia los mandos.

Intentó quitar el rumbo parcial, pero Bretch se le anticipó impidiéndoselo.

Haiko lanzó un gemido al sentir la pesada mano del joven contra su espalda.

En las clases de lucha científica donde se enseñaba no a golpear con fuerza sino con precisión en los puntos anatómicos más vulnerables, Bretch había sido un buen alumno, y lo demostró.

Con un quiebro esquivó el golpe que su rival iba a proporcionarle bajo el pómulo derecho y pasó al contraataque con certero mazazo dado con los nudillos en el costado.

El piloto perdió la respiración. Bretch volvió a la carga castigándole las vértebras.

Fue suficiente. Haiko cayó al suelo jadeando.

Bretch empuñó la pistola.

—Puede que perezcamos los dos. Pero tú irás delante. Tu vida vale bien poco si no eres capaz de arriesgarla por los demás.

Entonces ocurrió algo que cambió por completo el curso de los

acontecimientos.

Primero fue una sacudida brusca que mandó a Bretch contra la parte trasera de la nave.

Haiko rodó por el suelo y trató de alcanzar la pistola que había caído desde la funda del pupitre. Una nueva sacudida hizo chocar a los dos hombres.

—Pero..., ¿qué es...? —empezó Bretch.

La nave lanzó entonces un extraño silbido y adquirió una gran velocidad.

Era difícil sostenerse en pie dentro de ella, por más que los dos ocupantes lo intentaron.

A rastras, Bretch consiguió asirse a una de las patas del sillón que estaba frente a los mandos y observó las agujas de los distintos aparatos.

—¡Mira esto, Haiko!

Los datos de las pantallas se sucedían totalmente incomprensibles. El mapa espacial iluminado cambiaba el punto de las coordenadas a cada momento.

Los distintos botones de luz que indicaban las fases del vuelo se encendían y se apagaban constantemente.

El silbido aumentó de volumen hasta hacerse ensordecedor, inaguantable.

—¡Me van a estallar los tímpanos! —gritó el piloto, tapándose las orejas.

—La escafandra... La escafandra... Ponte la escafandra —gritó Bretch.

La pelea había quedado olvidada, ahora era necesario averiguar los motivos por los que la nave estaba fuera de todo control.

Y el vehículo, con una velocidad indescriptible, parecía marchar atraído por algo invisible.

¿Dónde irían a parar?

¿Qué era aquello?

En aquellos momentos, ni un avezado piloto como Haiko podía contestar aquel par de preguntas.

CAPITULOXIII

La caída vertiginosa continuaba a ritmo creciente, como también la intensidad del silbido.

—Seguimos fuera de control. Es como si todos los mandos se hubiesen trastocado —gritó Haiko, mientras intentaba colocarse la escafandra. Bretch le ayudó.

Tenían que mantenerse sujetos, sin embargo, porque la velocidad era tanta que les empujaba irresistiblemente hacia atrás.

—Inténtalo, Haiko. Intenta controlarla...

—Es inútil...

—Voy a atarte al sillón.

—No, no. Déjame en paz...

—Tienes que hacer algo.

—No sé lo que se puede hacer. No lo sé...

Las líneas coordenadas seguían cambiando de posición. El indicador de velocidades había llegado a tope y el indicativo de contar distancia se sucedían constantemente los guarismos.

—¡La corriente, Haiko! —exclamó Bretch—. La corriente de Trífide... Debemos estar inmersos en ella.

Y el joven tomó las cuerdas utilizables para la exploración anterior y con grandes dificultades logró sujetarlas de modo que pudiera enrollarse con ellas.

—Está bien —murmuró Haiko—. Átame... Ahora ya estamos metidos en esto... Y es difícil saber lo que va a pasar.

Una profunda sensación de mareo comenzó a invadir a los dos hombres. El vértigo de la velocidad hacía mella en sus respectivos cuerpos.

—Es... como si me faltara el aire —murmuró el piloto.

—Tenemos que aguantar, Haiko... Tenemos que aguantar.

Tras ímprobos esfuerzos, Bretch consiguió atar a su compañero y luego hizo lo propio consigo mismo.

No. No era posible hacer más por el momento.

La velocidad en aquellos instantes había alcanzado tal vez el doble de cuando se inició aquella terrible fuerza de atracción hacia lo desconocido.

Si hubiera sido posible ver el vehículo espacial desde el exterior, es casi seguro que ningún ojo humano de retina normal habría podido captar siquiera su paso.

Cruzó por toda aquella zona de noche perpetua para entrar en una galaxia distinta donde una sucesión de colores terminó con la resistencia de los dos hombres.

Uno de los aparatos, uno solo, se había estabilizado. Era el detector de antimateria.

La luz oscilante se fijó en un punto y la aguja marcó exactamente el punto máximo.

Iban realmente camino de un planeta desconocido generador de antimateria.

* * *

—¡Ha estallado! ¡Ha estallado! —exclamó Treuber a través del micrófono.

El neutralizador había cumplido su función.

En el planeta estaba próximo a oscurecer, cuando los medios de contención de la antimateria habían dejado de funcionar.

—¿No es posible reemplazarlo? —preguntó el primer mandatario a través del receptor.

—No, señor. No se puede forzar la «cosa» enterrada en el subsuelo sin exponernos a que estalle.

—Entonces...

—Todo se ha intentado, señor. Ahora ya no tenemos más medios.

El primer mandatario, tras un silencio, adujo:

—Sólo nos queda la nave... Si al menos supiéramos qué ha sido de ella...

El doctor Sondar dejó unos apuntes y apretó algunos botones.

Malonda se aproximó. Ella tampoco había descansado. Trajo un recipiente con alimento líquido.

—Tome, profesor. Lo necesita.

—Todos lo necesitamos, querida. Gracias.

—¿Hay esperanzas? —preguntó ella.

—Permaneceré aquí hasta recibir alguna señal. De momento, todo sigue igual,

El primer mandatario se aproximó para preguntar:

—¿A su juicio dónde cree que pueden hallarse?

—En la corriente de Trífide, si es que existe realmente tal corriente
—repuso Sondar.

—¿Y cuándo tardarán todavía?

—No lo sé, señor. De veras que no lo sé.

Un altavoz, conectado directamente con el epicentro de la antimateria, anunció:

—Medio grado.

El tiempo pasaba inexorablemente. Quedaban trece medios grados. Un simple cálculo confirmaba lo que los dos científicos habían supuesto de antemano: tenían vida hasta el amanecer.

Y entretanto...

El vértigo de aquella poderosa atracción no había decrecido en absoluto.

En breves momentos habían atravesado cientos y cientos de años luz.

Ningún artefacto, construido por medios conocidos, hubiese sido capaz de realizar aquella proeza.

Los dos hombres seguían totalmente inconscientes a merced de lo que el destino deparase a la nave.

Y casi en sueños, sueños febriles que atormentaban

su subconsciente, Bretch oía de nuevo la voz del doctor Sondar dándoles las últimas instrucciones.

La voz grave y bien modulada del doctor decía:

—La nave construida en nuestro planeta es a la vez un arma para cualquier habitáculo generador de antimateria...

Sondar había dado a entender bien claramente:

—Puede ser el choque de dos materias distintas, antagónicas la una de la otra, que se autodestruyen por contacto.

Y siguió diciendo:

—Pero toda materia tiene su punto de conservación. Cuando se hallen en la órbita de Trífide, en algún momento podrán mantener la nave hasta el límite, quedarán suspendidos en el espacio. Entonces es cuando uno de ustedes tiene que obrar...

¿Dónde estaban en aquel momento?

¿Se acercaban acaso al punto neutro donde les sería posible dominar la nave para evitar el choque?

Bretch seguía recordando en sueños las palabras del doctor Sondar:

—El piloto perdido hace cuatrocientos años no murió. Se convirtió en antimateria... Ello quiere decir que hay posibilidad de pisar «suelo» sin que se produzca explosión ninguna.

»En algún punto pueden obtener las muestras que precisamos. No les será difícil encontrarlas, porque se supone que llegarán por la

misma zona que consiguió llegar el piloto que hizo el viaje cuatrocientos años antes.

Entonces Bretch preguntó al profesor:

—¿Esas muestras son las que ese piloto tenía el encargo de traer?

—Al contrario, Bretch. Es materia de nuestro planeta que tuvo que quedar allí. Ni siquiera sabemos lo que es...

—Entonces... ¿Cómo encontrarlo si no sabemos lo que buscamos?

—Lo sabrán..., cuando uno de ustedes la toque...

El profesor continuó explicando breve y dramáticamente:

—Cuando pisen la antimateria quedarán contaminados. Por alguna razón los cuerpos no estallan. Ya estudiaremos esto en su momento si tenemos ocasión para ello.

Otra pausa y de nuevo la voz de Sondar siguió siendo escuchada por Bretch en sueños:

—El detector especial que se llevan hará estallar todo lo que sea propio de Trífide; si algo no estalla, no pertenece a «ellos». ¿Comprenden?

Luego explicó que cualquier estallido podría resultar fatal. Por eso era preferible que uno de los hombres hiciera todo el trabajo, mientras el otro quedara aguardando en la nave. No especificó quién, pero era lógico que el que aguardara fuese el piloto.

Por último, Sondar concluyó:

—Las muestras deben ser depositadas en la caja neutra... El hombre que haya pisado el planeta no podrá regresar...

—¿Y si fuéramos los dos? —preguntó por primera vez Haiko, que durante todo el tiempo había permanecido silencioso.

—Depositen las muestras en la nave y dejen que el vehículo regrese solo.

—Esto no es posible —exclamó Bretch.

—Sí. Sí es posible...

Haiko comprendió cómo, luego se lo había contado a Bretch.

Era posible poner en funcionamiento el vehículo y luego arrojarlo con un paracaídas corriente. Pero bajo ningún concepto podían regresar.

—Su contacto con nuestra atmósfera —había dicho el doctor Sondar— podría hacerles estallar.

—¡Lo que le sucedió al piloto perdido! —exclamó Bretch, comprendiendo.

—Sí. Es posible. Y si estallaran, perderíamos esas muestras que son las únicas que pueden salvar a nuestro planeta.

Bretch seguía soñando y escuchando voces, palabras sueltas, recordaba también la pelea con el piloto. Recordaba, recordaba... Mientras la nave seguía con su marcha vertiginosa.

CAPITULOXIV

El termómetro bajó en una décima más. Doce quedaban solamente.

El tiempo transcurría ante los nervios tensos de los principales responsables: pilotos, técnicos, científicos, y sobre todo de Sondar, de Treuber, que se había reunido con los demás en la base de despegue.

El primer mandatario seguía allí.

Estaba Malonda, que junto con otras muchachas voluntarias cuidaban de suministrar alimentos y los reconstituyentes que habían prescrito los médicos oficiales para aminorar la tensión y mantener despiertos a los que debían dar las órdenes oportunas.

Once grados quedaron con la evaporación de una gota más en el termómetro.

Sondar intentaba una comunicación a larga distancia.

—Si al menos pudiera establecer contacto con la nave, saber dónde está..'. Esto bastaría para conocer su posición, saber si nos queda alguna esperanza.

—Está cansado, doctor. ¿Por qué no intenta dormir un poco? —inquirió Malonda.

—No, querida, ahora no podría —respondió Sondar, visiblemente preocupado.

—Es imposible establecer ese contacto —repuso Treuber.

—Tal vez no lo sea. Yo sé que el piloto desaparecido lo intentó. Aquel mensaje sólo podía proceder de él.

Treuber quedó pensativo. Igual que el doctor Sondar, se preguntaba por qué medios había sido posible aquel contacto.

—¡Las ondas! La onda especial de Trífide —descubrió el profesor Treuben de pronto.

—Ya había pensado en ello, pero...

—Doctor... Si usted ha leído los nuevos métodos, podemos intentar establecer un contacto de prueba. Esto llevará algún tiempo, pero si cree que vale la pena...

—Sí, Treuber. Todo vale la pena. Empiece a tra bajar.

La actividad continuaba. Nadie quería estar cruzado de brazos, pero el factor tiempo seguía teniendo una importancia vital.

Los grados iban consumiéndose.

Quedaban ocho. Los ocho finales.

¿Tendrían tiempo de regresar? ¿Y si regresaban, conseguirían tener el antídoto, la muestra necesaria para neutralizar el poder de la antimateria que a cada evaporación iba adentrándose un poco más en el centro del planeta?

* * *

La nave sufrió una brusca sacudida y detuvo en seco su raudo vuelo.

Bretch fue el primero en volver en sí.

Miró a través de los visores, y comprobó después que las pantallas volvían a su normal funcionamiento.

En el detector correspondiente se indicaba la presencia de antimateria.

—Trífide... ¡Estamos en Trífide! —exclamó.

El piloto seguía inconsciente.

—¡Haiko! ¡Haiko! ¡Despierta!

No podía ver gran cosa, excepto la claridad rojiza que se filtraba a través del visor delantero.

Más abajo, a mucha distancia todavía, parecía surgir humo, una humareda densa, igualmente rojiza, que envolvía la superficie del planeta desconocido.

Por entre las nubes emergían unos picos corroídos, propios de las montañas que han sufrido graves erosiones.

—¡Haiko! ¡Haiko!

Sacudió al piloto hasta conseguir que despertara. Por fin el piloto abrió los ojos y comenzó a mirar en torno suyo.

Cuando recuperó la noción de la realidad, murmuró:

—Te saliste con la tuya, ¿eh?

—Haiko..., tenemos que aproximarnos.

—¿Conque esto es Trífide, eh?

—Sí... Y todo funciona perfectamente. Fíjate en las pantallas. ¡Nada ha sido afectado! ¡Vamos, Haiko! Hay que actuar de prisa. No tenemos mucho tiempo.

—¿Tanta prisa tienes por quedarte aquí?

—¡Vamos, Haiko! No perdamos el tiempo discutiendo. Pon en marcha esto. Cuando estés en el punto máximo de aproximación, saldré con el módulo.

—Estoy herido, muchacho. Debí darme un golpe en alguna parte.

—Siento que hayamos tenido que pelear, Haiko. De veras.

—No sé si podré regresar.

—¡Claro que podrás, Haiko! ¡Vamos, aproxímate!

El piloto asintió. Estaban allí. El también sentía curiosidad para ver de cerca aquel planeta y su extraña configuración.

La nave obedeció perfectamente y comenzó a descender a una velocidad moderada.

Un oscilador marcaba la proximidad y el peligro de la antimateria.

—Punto máximo. No puedo pasar de aquí —informó Haiko.

Bretch había preparado ya el módulo, pequeño vehículo de salida.

Se metió en la cabina y accionó la palanca que hacía moverse el cristal. Cuando estuvo todo herméticamente cerrado, avisó a Haiko por medio del pequeño transmisor:

—Listo, Haiko. Puedes expulsar.

Haiko accionó la palanca y una puerta del vehículo quedó abierta, expulsando seguidamente el módulo.

Una forma cilíndrica saltó al vacío. Su conducción era fácil y además en casos de emergencia podía ser manejada desde el vehículo principal.

Bretch presionó el botón de arranque y el tubo cilíndrico avanzó en picado hacia la superficie.

Llegado al punto conveniente, Bretch le dio la posición horizontal hasta convertirlo en una especie de planeador, que buscó el lugar idóneo para tomar contacto con el planeta.

El pequeño bólido cruzó la barrera de humo y Bretch pudo ver que emanaba de extraños agujeros practicados en la rojiza superficie montañosa. Eran como cráteres de muy reducido diámetro que surgían de todas partes, especialmente de las zonas altas.

Observó el detector para la polución, que marcaba el grado máximo.

—Esta atmósfera debe ser irrespirable —dijo en voz alta.

—Recuerda que no debes rozar ni siquiera el suelo —dijo el piloto a través del transmisor.

—No lo olvido.

—¿Qué ves por ahí abajo?

—Roca escarpada. El color sigue siendo rojo. Es un lugar extraño. ¡Espera! Creo que hay una sima. Me aproximo a ella.

El módulo avanzó a prudente altura, hasta situarse sobre la cima.

—¡Es un abismo impresionante! Hasta ahora hemos sobrevolado una enorme meseta. No puedo ver el final. Me aproximaré.

Hizo descender el módulo y al cabo de varios metros entró en una especie de hueco.

—Estoy en medio de un cañón muy profundo. El hueco es muy estrecho. No sé si es la ruta que debo seguir.

Entonces advirtió que la aguja indicadora de la intensidad de la antimateria oscilaba.

—¡Desciende el peligro, Haiko! ¡Estoy entrando en una zona neutra! ¡Esto no estaba previsto!

Continuó descendiendo y observando en derredor. Seguía en medio de aquellas paredes rojizas y sentía la sensación de que bajaba a través del hueco de un ascensor.

—¡Esto parece no tener fin!

Una pequeña pantalla adicional le permitía ver la profundidad. La sima continuaba.

La aguja indicadora de la antimateria quedó definitivamente en la zona neutra.

—Es indudable que esta materia es distinta, Haiko. Puede que sea lo que esperaba encontrar el doctor. Voy a ver si consigo llegar hasta el final.

* * *

Entretanto, en el planeta, el termómetro había perdido dos grados más.

Quedaban seis.

—Unidades preparadas —ordenó el primer mandatario—. Esperaremos hasta el último instante para despegar.

Treuber había conseguido establecer la nueva onda, y el doctor Sondar la estaba experimentando.

Fue entonces cuando uno de los transportes de reconocimiento tuvo una avería en la zona de la playa, cerca de lo que había sido la casa del primer mandatario.

Comunicó su situación y se dispuso a posarse sobre las arenas, cerca del mar en calma.

—Trate de reparar su avería, piloto —le advirtieron—. Necesitamos

todos los aparatos disponibles para salvar el máximo de vidas.

—Lo intentaré —repuso el piloto.

Saltó del aparato. Iba a encaminarse hacia la parte posterior cuando vio al hombre arrastrándose por la playa.

Era una figura imprecisa y jadeante de la que parecía surgir un extraño resplandor.

—¡Eh! ¿Qué es eso? —dijo en voz alta.

—Por favor, por favor —repuso la voz cascada del hombre, cavernosa, lejana—, ayúdeme.

El piloto se aproximó lentamente.

—¿Quién eres? ¿De dónde has salido? Esto es zona prohibida...

—Ayúdame... Vengo de... Trífide —dijo el hombre—. No temas. No estoy contagiado. Compruébalo con tu detector. No estoy... contagiado.

El piloto quedó mudo de asombro. ¡Un hombre procedente de Trífide!

CAPITULOXV

—¡Por fin he llegado al límite del abismo! —exclamó Bretch, a través del transmisor.

El módulo de forma cilíndrica estaba muy cerca del suelo.

El fondo de la sima era ancho y en él se veían numerosos agujeros en forma de puertas irregulares que parecían adentrarse a profundas cavernas.

Bretch estabilizó el aparato y lo dejó suspendido sin que rozara el suelo en absoluto.

Se acercaba el gran momento. Tenía que pisar una tierra generadora de antimateria.

Abrió la carlinga de cristal corredero y saltó del módulo.

Sus botas magnéticas pisaron la superficie áspera, de formas basálticas.

Dio el primer paso en aquel planeta que creía virgen y prácticamente inaccesible.

El oxígeno funcionaba perfectamente dentro de la bolsa de reserva. Su tela especial, hermética, le permitía moverse sin notar en absoluto el ambiente exterior.

Se aproximó a una de aquellas entradas y se encontró ante una extensa galería que se adentraba en las profundidades de la montaña.

Ignoraba si aquello era una depresión o el auténtico nivel del planeta.

El detector portátil seguía indicando neutralidad absoluta en cuanto a antimateria.

Se inclinó hacia el suelo para recoger alguna de aquellas muestras rojizas, pero en seguida se dio cuenta de que no eran piedras. No había nada suelto en la superficie, todo formaba parte del mismo bloque pétreo.

—¿Cómo va eso? —preguntó Haiko desde el aparato.

—Todo es como roca basáltica. No hay ninguna muestra suelta.

Intentaré despedazar algo con el pico.

El pequeño pico neumático que llevaba junto con las herramientas comenzó a horadar el suelo.

—La superficie es muy dura —dijo mientras continuaba con la operación—. Esto parece un bloque indestructible. Probaré en otro lado.

Cambió de lugar y golpeó el terreno varias veces, hasta que dio con un punto de menor resistencia.

«Aquí», pensó.

Aplicó el pico neumático y aquella vez pudo* taladrar perfectamente.

—¡Esto va bien! —exclamó para que su compañero lo oyera a través del receptor.

Pero de pronto la punta del pico pareció dar en un completo vacío. Se produjo una sorda explosión y, cuando Bretch extrajo el pico, una densa humareda comenzó a salir del agujero practicado.

—¡Rayos! Es humo como el que emana de la parte alta.

Un pitido en el detector indicó que la aguja se había movido.

¡Antimateria!

El humo producía la antimateria.

Bretch trató de alejarse, pero le faltaba su agilidad habitual.

—Haiko, la fuerza de gravedad debe ser por lo menos diez veces superior a la de nuestro planeta.

Se alejó sin embargo, notando una gran sensación de cansancio.

Corrió hacia el módulo y la aguja seguía indicando el grado máximo de antimateria.

Subió rápidamente y se alejó. Sentía en su interior un aumento constante de su propia pesadez, y hasta le pareció que el oxígeno le faltaba.

—Estoy perdiendo mucho tiempo y lo siento, pero ocurre algo

anormal, Haiko.

El piloto respondió:

—Lo he comprobado en la computadora, Bretch. La gravedad es muy superior, y ten cuidado con ese humo, consume rápidamente el oxígeno. Debes darte prisa.

Traspasó con el bólido una columna de aquel humo denso que parecía surgir a presión de las entrañas de la roca.

Al cruzar por el centro de la humareda, el detector se detuvo y la aguja indicó absoluta neutralidad.

—No lo entiendo —comentó el joven.

Pasó la barrera y de nuevo el detector anunció su punto máximo.

—¡Haiko! El humo genera la antimateria; sin embargo, el humo en sí es totalmente neutro.

—¡Entonces ya lo tienes, Bretch! Es la muestra que deseaba el doctor. Hay que llenar un depósito.

se convierte en antimateria.

—Antimateria para Trífide, pero no para nuestro planeta. ¡Vamos, regresa! Voy a preparar una mochila. Le conectaré una tobera para llenarla. ¡Regresa! Quiero largarme de aquí.

A Bretch cada vez le resultaba más difícil respirar con normalidad.

Puso el rumbo para regresar mezclándose de lleno en aquella columna roja como las rocas, para elevarse a través del estrecho cañón.

—No sé si podré llegar, Haiko. Estoy extenuado.

—Yo no puedo ayudarte, Bretch. Ya lo sabes. Tendría que quedarme aquí.

Brech ya no pudo contestar. Su sensación de ahogo aumentaba vertiginosamente.

Sintió náuseas y la impresión de que todas sus fuerzas le abandonaban.

Luego perdió el sentido de la realidad.

El bólido perdió la estabilidad y Haiko pudo verlo a través de la pantalla.

—¡Estúpido! —exclamó—. Esto es todo lo que has conseguido por querer ayudar a los demás.

Vio cómo el pequeño vehículo iba a estrellarse contra el suelo; lo manipuló desde la nave y pudo dejarlo a escasa altura.

—Lo siento —repitió, ya con la mochila y la tobera preparada—. Yo no voy a arriesgarme. De todos modos, tenías que quedarte aquí.

Y se dispuso a regresar.

Pero entretanto...

* * *

Los servicios de socorro habían trasladado al hombre hallado en la playa hasta el Centro Sanitario de Investigaciones.

Cuando Sondar fue avisado, quiso ver personalmente al herido.

—Tengo un presentimiento, Treuber. Cuide de la transmisión. Siga intentando comunicarse.

Treuber miró la pantalla donde quedaba reflejado el termómetro.

Cinco grados eran los que quedaban.

Sondar fue trasladado al Centro Sanitario y momentos después se hallaba en presencia del «hombre rojo» que había sido instalado en el interior de una caja de cristal, totalmente aislado.

—¿Contaminación? —preguntó de entrada.

—Es una simple precaución que hemos tomado —replicó el director del centro.

—Déjenme con él. Si temen algo, aíslen la sala, yo me quedaré solo. ¡Vamos! Dense prisa.

Cumplidas las órdenes de Sondar, la sala quedó completamente aislada del resto de las dependencias. Cualquier foco contaminador jamás pasaría aquellas paredes.

Sondar, con los elementos que tenía a su alcance, buscó lo idóneo para hacer volver en sí al herido.

Preparó un inyectable y, al descubrir su piel, pudo observar de cerca la marcada pigmentación.

—Es un hombre que ha sobrepasado la edad normal. Puede tener quizá seiscientos o más años —grabó a través de la reproductora—. Su complexión es idéntica a la nuestra. Estoy tratando de reanimarle.

Tras el inyectable, el hombre rojo sufrió algunas convulsiones y al fin abrió los ojos.

—Trate de, recordar. Soy el doctor Sondar... Usted dijo que procedía de Trífide.

—Soy Polanko, doctor. El piloto que dieron por perdido hace más de cuatrocientos años... —repuso el herido con voz abismal.

Sondar no pestañeó. De antemano estaba seguro de la respuesta.

CAPITULOXVI

Algo fallaba en la nave de Haiko. Algo que le impedía ponerla en movimiento.

Entretanto, Bretch había quedado a bordo del pequeño módulo, abandonado a su suerte.

Haiko escuchó un silbido procedente del transmisor. Trató de obtener contacto sin ningún resultado.

Treuber casi pegó un brinco desde el control de la base.

—¡Lo he conseguido! La onda ha dado resultado. ¡Estamos comunicando a más de tres mil años luz!

—¿Está seguro que es nuestra nave? —preguntó el primer mandatario, con una sombra de esperanza.

—Sí. Ahora hay que localizarla. Avisen inmediatamente al doctor Sondar mientras yo me ocupo de esto.

Calculó la longitud de onda y el tiempo transcurrido desde que inició el contacto, para poder medir la distancia.

Entretanto Polanko, el herido procedente de Trífide, estaba gastando las últimas energías ante Sondar.

—No podrá hacer nada por mí, doctor. El contacto con el planeta ha sido fatal, y lo siento... Traté de evitar la catástrofe.

—Hable, Polanko, hable. El asunto es grave...

—Lo sé... Mi nave, mi nave...

—No se esfuerce. Yo hablaré. Usted sólo tiene que indicarme con un movimiento de cabeza si estoy en lo cierto o no. ¿De acuerdo?

Polanko asintió.

—Una fuerza magnética lo atrajo hacia Trífide, ¿es así?

El herido asintió.

—Dejemos, de momento, lo que ocurrió allí.

—Me quedé sin oxígeno, doctor —aclaró él.

—Comprendo...

—Perdí el sentido allá en la sima. Me faltaba aire y entonces me quité la escafandra. No sé por qué lo hice. Supongo que pensé que había llegado el último momento de mi vida y quería acelerarlo antes de seguir asfixiándome, pero entonces ocurrió algo extraño. ¡Pude respirar!

—¡Asombroso!

—¿Qué más?

—Anduve perdido durante años.

—¿No necesitó alimentos?

Negó con la cabeza.

—Un planeta donde no hace falta alimentarse.

—Así es.

—Entonces alguna vez tuvo que encontrar la nave.

—Aquello es inmenso, doctor. La encontré, sí —Polanko estaba agotado.

—No hable. Escúcheme a mí —volvió a recomendar Sondar, aunque ardía en deseos de tener la más completa información, pero en aquellos momentos lo que necesitaba era algún detalle que le permitiera dar con la solución para salvar el destino del planeta.

—¿Tardó muchos años en regresar?

La respuesta fue una negativa.

—Veamos. Si una fuerza magnética le atrae, necesitará una fuerza de empuje doble para despegar.

Polanko asintió esta vez.

—Haciendo estallar antimateria puede producirse esa fuerza, ¿no es así?

—Humo... El humo propulsor de Trífide. Este es el secreto. —

¡Humo! —Sí, doctor.

—Creo que ya entiendo... Y, tras un silencio, añadió:

—Gases neutros. conpoder para transformar la materia.

El piloto volvió a asentir.

—Es lo que necesitamos aquí. Inyectar humo. ¡Oh, Polanko! Si ellos consiguieran regresar estaríamos salvados... ¡Oh! Pero Bretch se quedará allí. Si puedo comunicar con él... Pobre muchacho. Debo dejarle, Polanko. Bretch es uno de los hombres que fueron a Trífide. Un muchacho joven que está dispuesto a sacrificarse. Ahora sé que puede volver... Debo dejarle, Polanko. Lo siento. Volveré.

—Espere, doctor, espere —pidió el herido—. Es el módulo lo que no debe regresar. La nave estallaría al chocar contra nuestra atmósfera. Es lo que me sucedió a mí.

Sondar quedó pensativo. No se le había ocurrido aquella posibilidad.

El herido añadió:

—Me salvé con el paracaídas de emergencia, pero la caída era demasiado alta. Fui arrastrado por las corrientes marinas cuando lo que quedó de la nave cayó sobre el planeta y produjo la explosión.

—Habrá que avisarles de ese peligro.

—Llévenme allí, doctor... Donde cayó «eso» —pidió el herido—. Sé que voy a vivir muy poco tiempo. Muerto no podré hacer nada.

—¿Qué quiere decir?

—En estos momentos soy un elemento neutro. Estoy impregnado por ese humo. Vea mi cuerpo. Puedo actuar de elemento neutralizador.

—No, no. Creo entenderle, pero esto...

—Aproveche los últimos momentos, doctor. Proyéteme bajo tierra. Cualquiera de las armas modernas sirve para ello. Proyéteme antes de que la antimateria alcance el centro del planeta, si no todo va a volar.

El doctor vaciló. Comprendió lo que el piloto quería decir. Ofrecía

su vida, que se estaba extinguiendo, para terminar con el peligro. Pero...

—Dese prisa, doctor Sondar —pidió Polanko.

Una sensación de ahogo le impedía ya respirar. Sondar comprendió que el inyectable estaba perdiendo efecto.

—Polanko, Polanko —llamó.

El herido lanzó el último suspiro. Ya nada podía hacer para solucionar el terrible problema del planeta.

CAPITULOXVII

Treuber explicó a Sondar que había conseguido el contacto.

—¡Están en Trífide! Lo he calculado. Están allí, pero es imposible establecer contacto.

—Puede que Haiko consiga regresar —musitó el doctor.

—No llegarán a tiempo —adujo el primer mandatario.

—La fuerza de atracción es muy poderosa.

Todos miraron hacia la pantalla donde el termómetro marcaba el tiempo de supervivencia del planeta: cuatro grados y medio. La situación estaba muy próxima al límite.

—Sé que es una total falta de respeto —dijo el primer mandatario tras un silencio—, pero si cree que Polanko pueda sernos útil... Me refiero estando muerto. Yo firmaría la orden de...

—No, señor —repuso Sondar—, La materia muerta no sirve.

Luego añadió:

—De haberlo sabido todo antes... Todo es más sencillo cuando se conoce la verdad.

—¿De dónde procede ese humo, doctor? —inquirió uno de los técnicos que había escuchado la explicación previa de Sondar.

—De Trífide, desde luego. Es un gas poderoso que tiene vida propia, y transforma la materia. Todo ser que posea vida propia adquiere la misma fuerza que ese gas.

—Y si transforma la materia, ¿cómo sabemos que no ocurriría lo mismo utilizándolo aquí?

—Porque esto no es Trífide, señores. El gas libre de aquel planeta transforma su materia y la hace contraria a la nuestra. Aquí los efectos serían totalmente opuestos, como lo ha demostrado Polanko. No había ningún peligro de contagio en su cuerpo. Se había convertido en elemento neutro.

—¿Y su nave, por qué estalló? . .

—Sin duda porque se había aproximado demasiado a Trífide.

—Pero lo lógico es que hubiese estallado allí.

—No, no, señores. No lo entienden ustedes. El estallido sólo se produce por contacto, a menos que un elemento neutro impida esa explosión. La nave se aproximó lo suficiente a Trífide, pero no llegó a rozar su suelo. Eso bastaba para convertirla en antimateria, pero no para hacerla estallar, puesto que faltaba ese roce necesario.

«Después, cuando Polanko tras haberla encontrado subió a ella y utilizó el mismo gas como combustible para que la atracción actuara inversamente y pudiera retornar, Polanko actuó como elemento neutro, pero por alguna causa, que naturalmente desconocemos, su poder quedó limitado o restringido cuando atravesó nuestra capa atmosférica, que hizo estallar su nave.

»E1 nos llevaba una muestra de ese gas, que se perdió en su caída o en la explosión.

Sondar, cansado, se cogió la cabeza entre las manos mientras Treuber concluía por su colega, diciendo:

—La verdad es que no podemos dar explicaciones más concretas sobre materias que hasta ahora nos eran totalmente desconocidas. Debemos atenernos a los hechos. Si nuestros astronautas regresan con el gas podremos salvar nuestro planeta y salvarles a ellos, porque en algún momento, mientras se aproximen, podremos restablecer la comunicación y así podrán neutralizar cualquier explosión utilizando el humo...

—Pero Bretch se quedará allí —musitó Malonda.

—Sí. Es una lástima. ¿Qué podemos hacer?

Nadie volvió a despegar los labios.

Cierto que, aunque los gases de Trífide continuaran siendo un misterio, por lo menos todos sabían que era la única solución para el planeta..., si llegaban a tiempo.

Lo que ignoraban era lo que estaba sucediendo realmente en Trífide.

Haiko seguía accionando los mandos, pero la nave perdió por completo su estabilidad, y el piloto advirtió que estaba descendiendo.

—¡No! ¡No! —gritó al ver su proximidad sobre la superficie del planeta.

La nave adquirió una mayor velocidad. Haiko vio cerca su fin.

—Si salto es la muerte y si me quedo también... ¡Es una trampa! Estoy encerrado en una trampa!

Como un loco intentó una y otra vez dominar el vehículo, pero todo resultó inútil.

La nave se aproximaba a la superficie.

Haiko vivió con un horror indescriptible sus minutos finales. Sabía que no había salvación posible.

La nave chocó contra el suelo. La explosión produjo un gran cráter y el vehículo se desintegró totalmente, esparciendo un polvillo brillante por un enorme radio de extensión.

En las entrañas del planeta surgieron otras pequeñas explosiones.

No quedó el menor rastro de Haiko. El hombre que por dos veces había intentado desertar.

La onda expansiva de aquella tremenda explosión produjo varias sacudidas al pequeño módulo en el que yacía Bretch inconsciente.

El pequeño vehículo quedó ladeado ligeramente y la carlinga se abrió automáticamente, al tiempo que la escafandra del joven quedaba ligeramente abierta, permitiendo la entrada de la humareda rojiza,

Y aquel gas, que absorbía rápidamente el oxígeno del planeta, cuando actuaba por sí mismo hacía sentir sus efectos vivificadores.

Bretch comenzó a moverse y no tardó en darse cuenta de la situación.

Advirtió que podía respirar con normalidad y se quitó por completo la escafandra.

Salió de nuevo a la superficie y sintióse renacer. ¿Qué había sucedido?, se preguntaba, cuando advirtió la ausencia de la nave.

Intentó localizarla hablando con Haiko, pero al no hallar respuesta pensó primero qué había sido abandonado.

Tras un largo recorrido descubrió fragmentos de objetos del interior de la nave que extrañamente no habían sido afectados por la explosión. Trozos de tela sintética, por ejemplo, y entonces empezó a comprender.

—Estoy solo... No podré regresar ni ayudar a los míos... He fracasado... He fracasado...

Su rapidez de reflejos no tardó en funcionar a la perfección.

«¡El humo!», pensó.

Bretch era tenaz, siempre lo había sido, no se entregaba nunca. Antes de darse por vencido perecería en su intento.

Sabía que el pequeño bólido tenía un depósito, y él portaba una mochila de repuesto para casos de emergencia.

Lo que hizo a continuación lo realizó a la máxima velocidad. Primero vació la mochila provista de tobera de todo el oxígeno, y a continuación aplicó la tobera a uno de los orificios de salida del humo rojizo. Mientras observaba cómo la mochila se iba hinchando pensó en llenar el depósito, y lo hizo también.

«El doctor —pensó— dijo que la materia neutralizados podría servirnos para un regreso rápido.»

Pensó en todas las instrucciones que les había dado Sondar antes de la marcha y añadió:

—Claro que él no debía pensar que las muestras fueran de ese tipo, pero... lo intentaré.

Terminada la operación se metió de nuevo dentro del bólido, sin preocuparse de cerrar la carlinga.

Puso el vehículo en marcha y se alejó por sus propios medios.

Lo que le preocupaba era el despegue. Sabía que necesitaba una fuerza de empuje que ningún combustible del planeta podría facilitarle, pero ahí recordaba también las palabras de Sondar:

—Cualquier materia neutra puede servir para contrarrestar la fuerza de atracción magnética einvertirla. La misma corriente de Trífide puede servir para el regreso...

Cuando estuvo lo suficientemente lejos, conectó el conducto del combustible con el depósito lleno de gas neutro.

CAPITULOXVIII

El empuje del bólido fue tremendo, y salió proyectado hacia el espacio, sólo que en aquella ocasión Bretch no perdió en absoluto el sentido. Respiraba la atmósfera de Trífide, muy superior a la de su propio planeta.

La pureza de aquel gas revitalizaba todo su interior y podía aguantar en el pequeño módulo toda la potente embestida de aquella tremenda velocidad imposible de describir.

—¡Dos grados! —anunció Treuber en aquellos momentos—. Sólo quedan dos grados. El amanecer está próximo. ¡Señor! Puede empezar la evacuación.

El primer mandatario transmitió las órdenes para que comenzara el éxodo del planeta.

—Vamos, doctor. Usted irá en la primera nave —dijo el primer mandatario, dirigiéndose a Sondar.

El anciano científico negó con la cabeza:

—No. Yo seguiré aquí...

—No puede hacerlo. No conseguirá nada —adujo Treuber.

—No importa. Sigo teniendo fe... ¡Esperen! —la onda había oscilado emitiendo el pitido indicador de la frecuencia—. ¡Se mueve! ¡Algo está en marcha! ¡La nave! Sigán ustedes, sigan evacuando, puede que no lleguen a tiempo, pero alguien debe quedarse para intentarlo.

Entretanto los técnicos habían estado trabajando en preparar los inyectores para introducir el gas en la superficie.

—Es muy arriesgado, doctor. No habrá tiempo. Son sólo dos grados los que quedan.

—Se mueve muy rápidamente, Treuber, Mírelo usted mismo. Alcanza una velocidad increíble.

—¡Es cierto! —admitió el otro—. Pero aun así... ¡Bueno, yo también me quedo! —decidió.

—Su sacrificio será inútil, señores. Háganme caso —insistió él

primer mandatario.

Treuber negó.

—Señor, no podrá convencerle ni a él ni a mí.

—Admiro su valor. Yo también me quedo. Si ustedes tienen fe en lo que dicen, les creo. Han demostrado lo que valen intentando todo lo posible. Seguiré hasta el final a su lado.

Una psicosis de confianza invadió a los presentes y fueron muchos los que siguieron el ejemplo de Sondar, de Treuber y del primer mandatario.

—¡Atención, atención! —exclamó Sondar a través del receptor—. Control de base llamando a nave procedente de Trífide. ¡Haiko! ¡Le habla Sondar! ¿Puede oírme?

Sondar repitió el llamamiento varias veces sin conseguir nada positivo.

Treuber entretanto daba órdenes.

—¡Trasladen todo el material inyector a la zona! ¡Dense prisa!

Todos sabían que si el bólido regresaba a tiempo, la salvación del planeta podía depender de una fracción de segundo.

—¡Atención, atención! ¡Haiko, conteste! —insistió una vez más Sondar.

La posibilidad de establecer contacto era cada vez más próxima. La onda oscilaba con mayor regularidad, y Sondar insistía:

—Un grado... Sólo falta un grado —musitó alguien.

Treuber miró la pantalla. Vio en efecto la última mitad de fracción cuando el alba estaba rompiendo.

—Cuando el último grado haya desaparecido, nos quedará únicamente una fracción de tiempo igual —dijo Treuber.

—¡Atención, atención! —insistía Sondar.

Por fin surgió la respuesta:

—Haiko se ha estrellado contra Trífide. Soy Bretch. Traigo una

muestra... ¿Pueden oírme?

—¡Bretch, muchacho! Soy Sondar. Habla, di.

—Es un gas. Un gas rojo, extraño, produce antimateria y es neutro a la vez.

—¡Magnífico, muchacho! Danos la situación. Nos queda muy poco tiempo.

—No voy a tardar mucho, doctor. Lo que estoy realizando no es un vuelo. Es prácticamente una proyección.

—Atiéndeme bien, Bretch, cuando entres en la zona de atracción del planeta, suelta todo el gas del depósito y procura mantener la velocidad.

—Señor... Pensaba arrojar la mochila que he llenado... Yo no puedo regresar.

—¡Sí puedes, Bretch! ¡Sí puedes! Ya te lo explicaré. ¡Vamos! Dame la situación.

Eran unos momentos tensos, dramáticos y emocionantes a la vez, y para todos.

Las miradas estaban fijas en el medio grado que faltaba.

De pronto Treuber se fijó en las pantallas.

—¡Ahí está! Tenía razón. Va a velocidad de proyección. ¡Oh, este gas debe ser una maravilla.

Sondar consultó la aguja del reloj y Treuber comprendió. No se podía ser demasiado optimista. Ciertamente Bretch estaba allí mismo, pero el último grado estaba ya muy próximo a evaporarse.

La emoción les había hecho perder la noción del tiempo y Treuber dijo al primer mandatario:

—Aceleren la evacuación.

—Sí. Lo haré —replicó en un susurro.

Cada movimiento de la aguja que medía el tiempo acercaba más el imprevisible desenlace.

—¡Atención todas las unidades! —exclamó el primer mandatario momentos después—. ¡Despeguen!

El último grado se evaporó. A partir de aquel instante la explosión podía producirse en cualquier momento.

—¡Ha cruzado! —gritó un técnico, viendo reflejado en la pantalla indicadora los datos del vuelo.

La voz de Bretch se dejó oír:

—¡Ya estoy en casa! ¡Díganme dónde debo dirigirme!

Sondar le dio las instrucciones precisas y el joven asintió mientras Treuber no daba crédito a lo que estaba reflejando la pantalla.

—¡Ha llegado con un simple módulo!

—Sí, Treuber. A mí también me gustaría poder estudiar la naturaleza de ese gas poderoso, capaz de transformar la materia... Sería muy interesante.

En aquel instante el suelo sufrió un ligero temblor, seguido de otro y otro.

Treuber cambió una mirada con Sondar.

—Es en el epicentro de la antimateria. Debe estar muy próxima.

—Demasiado tal vez —murmuró el científico.

Bretch sobrevolaba prácticamente la base y lanzado en barrena se dirigía hacia el lugar indicado.

—¡Vamos! —exclamó Sondar—, Tenemos que estar allí.

Rápidamente un transporte los llevó tras el bólido, que no tardó en tomar tierra junto a los aparatos inyectores.

Mantuvo la nave a cierta distancia para no provocar ningún contacto.

Rápidamente extrajo la mochila y la pasó a los técnicos, que no ignoraban cuan cerca podía estar el momento final.

—Dense prisa —dijo el joven.

El gas fue trasvasado al depósito del que había de salir inyectado contra la antimateria.

Una nueva sacudida parecía anunciar la proximidad de Ja antimateria con el centro.

El aparato inyector comenzó a funcionar, cuando el transporte aéreo que llevaba a los dos científicos y al propio primer mandatario llegaba al lugar.

Todos los ojos estaban puestos en los contadores que indicaban el peligro.

De pronto la aguja indicadora comenzó a oscilar y un murmullo salió de entre todos los reunidos.

Rápidamente la aguja se apartó del extremo de máximo peligro.

Sondar lanzó un suspiro y murmuró:

—Señores, el gas neutro ha llegado a su destino. Creo que estamos salvados.

Bretch tuvo que hacer un esfuerzo para resistir la tensión a la que había estado sometido.

—Creí que no iba a conseguirlo.

—Muchacho —intervino el primer mandatario—, ha salvado nuestro planeta.

—Perdone, señor. Creo que necesita someterse a un reconocimiento —intervino Sondar.

—Por supuesto. Cuando esté en condiciones, convocaré un acto público en su honor. Por supuesto, de ahora en adelante podrá elegir el trabajo que más le guste.

—La investigación, señor.

—Me temo que de momento estará muy atareado, ¿verdad, doctor? —sonrió el primer mandatario—. Le van a marear a preguntas, pero ¿quién sabe? Este puede ser el inicio de una nueva era. Señores, voy a ordenar el regreso de los evacuados.

EPILOGO

Nada en el organismo de Bretch indicaba alteración alguna. No obstante, pasó dos jornadas completas de observación, durante las cuales explicó todas las incidencias del viaje, y al nombrar a Haiko añadió:

—Quiero que conste que estaba enfermo. Llevaba demasiados vuelos.

—Así se hará constar —le prometió el primer mandatario.

Luego, al salir, le esperaban ya para trasladarle a los laboratorios oficiales donde debía dar comienzo la investigación del gas y donde, también, Bretch se iba a cansar de contestar preguntas sobre aquel planeta lejano, ignorado y peligroso por añadidura.

Pero también le esperaba alguien más. Malonda.

—Sufrí mucho por ti —murmuró ella—. Pensé que no te vería más.

—Es un consuelo saber que alguien nos espera, y no precisamente para salvar la vida.

—Cierto, Bretch. En ningún momento pensé en mí misma, sino en tu sacrificio.

—Ya ves que he vuelto... A partir de ahora, y cuando nos dejen libres, me gustaría que pudiéramos vernos a menudo.

—A mí también, Bretch.

En aquellos momentos eran dos seres sencillos como tantos que poblaban el planeta. Nadie hubiera dicho que aquel muchacho joven e intrépido había corrido la aventura más trascendental que podía correr un hombre.

Pero Bretch, junto a Malonda, sólo pensaba en lo bonita que era la vida y en lo hermosa que era la muchacha.

F I N